

En -, *Condiciones de posibilidad de la reproducción social en sociedades prehispánicas y coloniales tempranas en las Sierras Pampeanas (República Argentina)*. Córdoba (Argentina): CEH Segreti.

Paisaje centrífugo y paisaje continuo como categorías para una primera aproximación a la interpretación política del espacio en las comunidades tempranas del Valle de Tafí (Provincia de Tucumán).

Jordi A. López Lillio y Julián Salazar.

Cita:

Jordi A. López Lillio y Julián Salazar (2015). *Paisaje centrífugo y paisaje continuo como categorías para una primera aproximación a la interpretación política del espacio en las comunidades tempranas del Valle de Tafí (Provincia de Tucumán)*. En - *Condiciones de posibilidad de la reproducción social en sociedades prehispánicas y coloniales tempranas en las Sierras Pampeanas (República Argentina)*. Córdoba (Argentina): CEH Segreti.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/eascc/37>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pzay/Egg>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Condiciones de posibilidad de la
reproducción social en sociedades
prehispánicas y coloniales
tempranas en las Sierras
Pampeanas (República Argentina)

Compilado por
Julián Salazar



Centro de Estudios Históricos
Prof. Carlos S.A. Segreti
Córdoba, 2015
ISBN 978-987-45554-3-4



Condiciones de posibilidad de la
reproducción social en sociedades
prehispánicas y coloniales tempranas en las
Sierras Pampeanas
(República Argentina)

Compilado por
Julián Salazar



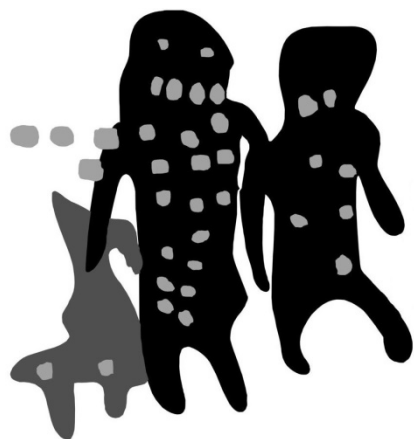
Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos S.A. Segreti
Córdoba, 2015
ISBN 978-987-45554-3-4

Condiciones de posibilidad de la reproducción social en sociedades prehispánicas y coloniales tempranas en las sierras pampeanas, República Argentina / Eduardo E. Berberian... [et.al.] ; compilado por Julián Salazar. - 1a ed. - Córdoba : Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos S.A. Segreti, 2015.

E-Book. - (Materialidades, teorías y métodos en arqueología contemporánea)

ISBN 978-987-45554-3-4

1. Arqueología. I. Eduardo E. Berberian II. Salazar, Julián, comp.
CDD 930.1



Índice

Introducción. Algunos apuntes sobre enfoques
arqueológicos de la reproducción social
Julián Salazar y Eduardo E. Berberían 1

Conflictos, Estructuras y Estrategias

*El surgimiento de la desigualdad social en la prehistoria
de las Sierras de Córdoba (Rep. Argentina)*
Diego E. Rivero 15

*Secuencias de producción e imposición iconográfica.
Tendencias en el arte rupestre del occidente de Córdoba
(Argentina).*
*Sebastián Pastor, Andrea Recalde, Luis Tissera y Mariana
Ocampo* 41

Conflicto y violencia interpersonal en las Sierras de
Córdoba (Argentina) durante los siglos previos a la
conquista europea.
Iván Díaz, Sebastián Pastor y Gustavo Barrientos 84

*Paisaje centrífugo y paisaje continuo como categorías para
una primera aproximación a la interpretación política del
espacio en las comunidades tempranas del Valle de Tafi
(Provincia de Tucumán)*
Jordi López Lillo y Julián Salazar 109

*Los indios desnaturalizados del Valle Calchaquí en
Córdoba: de rebeldes a fieles soldados del pueblo de San
Joseph de los Ranchos” (siglos XVII-XVIII)*
Constanza González Navarro 151

La sustancia de la Reproducción. Producción, materialidad y consumo de alimentos.

Prácticas culinarias como medio para la reproducción social de los grupos prehispánicos de las sierras de Córdoba
María Laura López **177**

Objetos perpetuos y reproducción social en una aldea del primer milenio de la Era
Valeria L. Franco Salvi **213**

Paisaje, espacialidad y reproducción

Paisajes con memoria. El papel del arte rupestre en las prácticas de negociación social del sector central de las Sierras de Córdoba (Argentina).
Andrea Recalde **235**

Casas-pozo, agujeros de postes y movilidad residencial en el periodo Prehispánico tardío de las Sierras de Córdoba, Argentina
Matías E. Medina **267**

Acerca de la constitución de agentes sociales, objetos y paisajes. Una mirada desde las infraestructuras de molienda (Sierras de Córdoba, Argentina).
Sebastián Pastor **302**

Comunidades de prácticas y reproducción social. Una relectura de las dinámicas sociales de los asentamientos aldeanos del primer milenio en los valles intermontanos del NOA
Julián Salazar, Valeria L. Franco Salvi y Rocío M. Molar **342**

IV.

Paisaje centrífugo y paisaje continuo como categorías para una primera aproximación a la interpretación política del espacio en las comunidades tempranas del Valle de Tafi (Provincia de Tucumán)¹

Jordi A. López Lillo y Julián Salazar

¿Qué es una sociedad primitiva? Es una multiplicidad de comunidades indivisas que obedecen –sin excepción– a una misma lógica de lo centrífugo. ¿Qué institución expresa y asegura la permanencia de esa lógica?

Arqueología de la violencia, 2009: 77
Pierre Clastres

Introducción: Lo apolítico, lo impolítico, y la despolitización aborígen

La adopción de estrategias subsistenciales productoras de tipo agropastoril así como de un grado definitorio de sedentarización se ha asociado tradicionalmente a una serie de rasgos o características de comportamiento humano que se vehiculan en la articulación de una «vida aldeana» y con ella, de la organización de las bases materiales sobre las que se habrían de desarrollar las estructuras sociopolíticas no igualitarias y las primeras instituciones jerárquicas de carácter más o menos estático. El esencialismo, a veces asumido desapercibidamente, de los marcos de pensamiento que reprodujeron tales presupuestos

llevó a la cristalización de dos premisas que han seguido siendo aceptadas casi por automatismo en buena parte de la comunidad académica: por un lado, que hay pocas alternativas para los grupos productores de alimentos más allá de adoptar sistemas sociales crecientemente centralizados y jerárquicos; por otro, que esa trayectoria es de hecho un producto «natural», inscripto en las propias lógicas estructurales de estos grupos, y por ventura de todos los grupos humanos *ab origine*, con independencia de las condiciones de posibilidad demográficas y materiales para desarrollarlos.

En buena medida la preponderancia aún actual de esta percepción se explica en la robusta formulación analítica de las interpretaciones marxianas y ecológico-culturales, mayoritarias en este ámbito de investigación y, en todo caso, poco permeables a las reacciones simbolicistas y narrativistas altamente contextuales, las cuales a su vez se han mostrado incapaces de articular alternativas estructurales igual de convincentes. Ambas tradiciones, que podríamos calificar de materialismos histórico y sistémico respectivamente, enfocan la sociabilidad humana primero a través de mecanismos económicos. La mayor parte de las veces incluso carecen de una profilaxis deconstructiva que ubique el significado preciso del vasto conglomerado de prácticas que pueden constituir «economía», y siempre con el resultado de orillar hasta la mera manifestación superestructural –en el mejor de los casos, en el resto son solo «falsa conciencia»– las de la estricta política: las unas por intrascendencia causal, las otras por irrelevancia analítica. Sin embargo el problema también puede retrotraerse, por otro lado, a las propias profundidades rousseaunianas.

Curiosamente, estas líneas fueron escritas durante los últimos meses en que para el Diccionario de la RAE lo *impolítico* es lo falto de política o contrario a ella, mientras lo *apolítico* queda expulsado hasta el espacio liminar de lo ajeno a este campo de acción humana. La 23.^a edición del DRAE ha de venir a allanarnos los matices reflexivos resolviendo añadir a la «ajenidad» apolítica la oposición, sin duda mucho más blanda, del desentendimiento, mientras que lo *impolítico* quedará solo como lo políticamente inoportuno. Este inminente giro del canon semántico permite aprovechar la oportunidad para reparar en que la carencia y la ausencia, que *estar* falto y *ser* ajeno, en ningún caso apelan a la misma estructura relacional; nuestra significación del «*impolítico*» –oficialmente al menos hasta 2014– le implica la inmersión en un contexto político frente al cual falla o se opone situacionalmente, mientras que la categoría analítica del «*apolítico*» no requiere contexto: la política lo es impropia, extraña a su condición misma. Obviamente esto ha de reflejarse en otra definición positiva, la de «política», para la cual la RAE por su parte se mantiene en el debate secular entre el «gobierno de los Estados» y la *gestión* de los «asuntos públicos»; hasta

qué punto esta distinción de orden general en el núcleo de la actividad es resultado de un enfoque etnocéntrico lo pondría de manifiesto Mair (1970) al hablar del «gobierno primitivo» –por: *gobierno sin Estado*–.

La cuestión es que, si nos lo tomáramos por lo que puede reverberar en los utillajes conceptuales de nuestras disciplinas ocupadas en el estudio de grupos humanos, el hecho de que se difuminen los márgenes entre estas formas de negar la política no deja de ser sintomático de una cuestión que no por convincentemente abordada ha acabado de asumirse en la interpretación de los grupos «perihistóricos» –si se nos permite cuajar en el neologismo la máxima clastreana por la cual la historia de los grupos sin Historia es la historia de su lucha contra el Estado–. En este sentido, sea por una visión instrumentalmente impolítica o por una concepción apolítica de su objeto de estudio, la consecuencia de las tradiciones materialistas ha sido despolitizar las prácticas sociales de los grupos humanos que no las organizan en instituciones similares a las nuestras, es decir, precisamente, de una manera no igualitaria, jerárquica y centralista, pero sobre todo, de una manera crecientemente estatista. La política se convierte así en una suerte de «invento histórico» surgido solo cuando la toma de decisiones comunes se separa de la esfera de la vida cotidiana –doméstica– en la cual no solo se desenvolvían los grupos predadores y los productores aldeanos, sino también en la cual se siguen desarrollando la mayoría de individuos que componen el cuerpo social del resto de grupos humanos, comenzando por todos los colectivos femeninos tradicionales (González Marcén *et al.*, 2007; López Lillo, 2013a).

Desde este marco la acción política se suele restringir a un puñado relativamente reducido de actores sociales cuyas prácticas se conceptúan estratégicamente orientadas a la acumulación de «capitales». En un sentido bourdieuano nudo, estricto, tal afirmación es correcta incluso para las políticas de otros primates (De Waal, 2007), pero sucede que en nuestro caso además se interpone un acusado cercenamiento de las complejas formas semióticas en que opera la cultura humana específica para imaginar estos capitales y su gestión básicamente bajo fuertes connotaciones economicistas: de hecho el uso del término «capital» es toda una muestra epifenoménica de esto mismo. Aquí radica, pues, el nudo que permite transitar sin solución de continuidad desde los prejuicios liberales, lógicos pero no antropológicos, hasta el idealismo esencialista que se desliza en los cimientos de las arquitecturas erigidas por los vigentes materialismos arqueológicos.

Un ejemplo en lo que atañe a la Arqueología de la domesticidad es el de las derivaciones que permitía esperar la revisión editada en 1984

por Netting, Wilk y Arnould. En efecto, si éstos mantenían únicamente como una posibilidad periférica, puntual o estrictamente contextual la asunción de posiciones y prácticas en la gestión de la política y la violencia socio-comunales por parte del «grupo doméstico tipo» (Wilk y Netting, 1984), apoyándose en esto Nagle (2006) podrá considerar en su análisis del *corpus aristotelicum* que una de las características fundamentales que sustentaba el sistema social de las *póleis* griegas es el desarrollo de una «cultura ciudadana» que gigantiza dichas funciones en el seno del *oïkos*. Esta solución permitía de un plumazo eludir un debate más profundo sobre el carácter «esencial» de la situación doméstica asumiendo un canon exitoso en las Antropologías materialistas y, por otro lado, convenir con la sensibilidad griega clásica en general y aristotélica en particular que la situación sociopolítica de las *póleis* emergía desde un *estadio inferior* de la vida humana, pues la inversión de esa tendencia apolítica de la sociedad había de ser sin duda un progreso; ¿quiere decir esto que los grupos no estatizados carecen de una gestión social de la política y la violencia o, con Meillassoux (1999), que de lo que carecen entonces es de grupos domésticos?

Lo paradójico de esta autoimposición adversativa es que se diera a la vez que otros autores –por ejemplo Gallego (2009: 39) siguiendo a Osborne– enfatizaban que el *status* de la ciudadanía mediterránea clásica «obedece a la peculiar situación a partir de la cual surge el Estado griego. Con la aparición de la *pólis*, la sociedad aldeana no desaparece sino que se convierte, por así decirlo, en una imagen de la nueva lógica de conjunto de la *pólis* como comunidad que congrega a aldeas y hogares rurales» (nuestro énfasis). O en otras palabras: que lo novedoso de dicha «cultura ciudadana» es en todo caso su escala, y no su naturaleza práctica.

En cualquier caso, con independencia del carácter mutante más o menos excepcional de estos «Estados ciudadanos» asentados en un universo de significaciones y lógicas operativas enraizado en la «vida aldeana», de vuelta a la América indígena, la constatación en grupos amazónicos con modos subsistenciales predadores y horticultores de una gestión decididamente política de la violencia, en tanto las mismas formas sociales se definen en buena medida a través de ella, se dio de la mano de un quiebre radical del cliché evolucionista al aislar que la disposición de los mecanismos de esta verdadera «política salvaje» los convertía no en grupos *preestatales*, ni siquiera *aestatales*, sino en grupos *contraestatales* (Clastres, 2001; 2010).

Por un lado esto nos recordaba vívidamente que la «sociedad» preexiste al Estado –y es más, en muchas situaciones se le opone; por eso una práctica tal vista *en o desde* un contexto cultural en que se equipara significativamente política y Estado puede parecer impolítica, pero nunca será apolítica–, y que por tanto ninguna tentativa interpretativa de grupos humanos que no se fundamente en las lógicas políticas contextuales que los articulan es capaz de arrojar un análisis social convincente. Por otro lado, el paradigma clastreano vino a revelarse mucho más parsimonioso para con la «accidentalidad histórica» del Estado que, de hecho, habían percibido y comenzado a formular los propios materialistas en la década de 1970 (*i. a.* Carneiro, 1970; Harris, 1978).

Ocurre que, en línea con esto, buena parte de las aproximaciones postpolanyianas de la economía comienzan a presentar nuestros usos –los que inspiraran aquellas mitologías que aún fundan muchas de nuestras disciplinas académicas, tales como el *homo oeconomicus* o el trueque originario– en el pinzamiento de dos subsistemas sociales normalmente diferenciados: el del sustento de un lado, y del otro un tipo particular, contextual o cultural, de «lenguaje político» que se expresa sobre el *poder de consumo* (*sensu* Bataille, 2009) como elemento generador de distinción dentro –o fuera: según el punto de vista y la intensidad– del cuerpo social. Se trata de una corrección en la relación economía-política, prácticamente de una inversión en los polos causales hacia el escenario que intuyera entre otros Russell (2012); una corrección, por lo demás, solidaria con lo anteriormente expuesto en tanto facilita un utillaje mucho más coherente para abordar la «escala humana» en que se dirime el registro arqueológico. Por eso no es de extrañar que antropólogos de la influencia actual de Godelier, tras muchos intentos malabares para ajustar las líneas teóricas marxianas con la evidencia etnográfica –entre otras cosas, precisamente mostrando su objeción a lo dicho por Clastres y Polanyi–, hayan concluido reconociendo sinceramente que «las relaciones sociales que de un conjunto de grupos humanos y de individuos hacen una “sociedad” no son las relaciones de parentesco ni las económicas, sino lo que en Occidente se califica como “político-religioso”» (Godelier, 2014: 38). Pero no es nuestro cometido aquí llevar más allá este argumento.

En un plano más general todas estas consideraciones, cuajadas en el programa interpretativo posestructuralista que se ha dado en llamar *Teoría de la práctica*, han venido a reparar la capacidad agente de los colectivos tradicionalmente subalternizados, obteniendo así un cuadro más acabado de las formas de interacción humana, las estrategias políticas y las lógicas operativas que les subyacen, tanto en procesos que van de la distinción hasta la fractura social y su osificación, como

en los que se resuelven en sistemas más o menos igualitarios en la *longue durée*.

Como recordaba Scott (1976) a propósito de sus reflexiones sobre la «economía moral» campesina, esta última situación tampoco puede entenderse como ausencia de diferenciaciones en el acceso a la autoridad política o aun de que esto genere conflictos intrasociales en el despliegue estratégico –individual y faccional– de prácticas orientadas a bascular las *dinámicas de la dominancia*. De hecho una aplicación erróneamente estática del paquete instrumental esbozado por la interpretación clastreana corre el riesgo de tornarla tan esencialista e inoperante como las que trataba de combatir.

No son pocas las evidencias etnográficas que remarcan la existencia de estas dinámicas de dominancia, por otro lado esperables en cualquier primate gregario, incluso en su versión más cruda y en grupos de cazadores guaranícos similares a los que estudiara Clastres: caso por ejemplo de la controversia sobre la esclavitud entre los *mbia yuquí* (McLean Stearman, 1987; Jabin, 2008). De hecho los propios trabajos del francés coadyuvan en buena medida a una suerte de «error sinecdótico», por el cual se *tipologiza* la sociedad en su totalidad en base a unas u otras *lógicas operativas* –contraestatista o estatista– sin advertir que aquellas perduran determinadamente también en los grupos en que se osifica el Estado, al punto de ser las responsables últimas de que se mantenga la propia sociedad (López Lillo, 2013b; 2014). Nótese cómo por ejemplo en su *Arqueología de la violencia*, a la pregunta de qué institución es capaz de expresar y reproducir las dinámicas centrífugas de la sociedad primitiva, Clastres se responde tan rotundamente «la guerra extracomunitaria» que pareciera ser la única capaz de hacerlo, operando en solitario para asegurar el contraestatismo. Sin embargo es fácil pensar que tal situación solamente se verificaría como resultado de un cúmulo de prácticas y dispositivos culturales mucho más amplio, el cual forzosamente tiene que ver con las maneras de conceptuar y articular *poder* y *autoridad* canalizando socialmente esas otras *dinámicas de la dominancia* de que hablábamos. Tal vez en último término, siguiendo a Agamben (2002), disponiéndolas de manera que se evite mecánicamente la intercepción del *poder soberano* –aquel que, controlando el «estado de excepción», tiene también capacidad constituyente– por parte de ninguna facción del cuerpo social.

Con esto y al contrario, el punto del planteo es el de incardinar todas estas dinámicas y elementos en sus lenguajes culturales concretos como único medio capaz de permitirnos advertirlas analíticamente en la cotidianeidad en que se operan, más allá de que esta cotidianeidad y estos lenguajes efectivamente suelen disponerse al

margen de las significaciones políticas formalizadas en un campo independiente dentro de nuestros sistemas sociales, intervenidos por la *lógica estatista* (Scott, 2009; 2012).

En buena medida la Arqueología ha sido propensa a fundarse en paradigmas asentados discursivamente sobre la intención de asepsia materialista, obviamente debido a los condicionantes de su propia aproximación al análisis de grupos humanos. Esto, entre otras cosas, podría explicar la importante vigencia en nuestra disciplina de aquellas distorsiones esencialistas arrastradas desde nuestros propios códigos culturales forjados en el decimonono. No se trata aquí de enzarzarse en una crítica epistémica mucho más prolija, pero sí opinamos que sencillamente no podemos ignorar todo lo antedicho, los debates centrales que han ocupado al resto de disciplinas académicas orientadas a la comprensión de grupos humanos, a la hora de enfrentar nuestras interpretaciones del registro material; máxime cuando la *Arqueología de la práctica*, al contrario que otros planteamientos surgidos de la «crítica contextual» pero desarticuladores hasta el extremo meramente literario –más que narrativo–, no niega la existencia de tendencias estructurantes de amplio espectro en todos los grupos humanos, sino todo lo contrario, facilita su comprensión holística al observarlas desde el filtro de sus procesos de «semiosis cultural». Nuestra intención en este capítulo es comenzar a andar ese camino, presentando unas bases iniciales en los primeros resultados obtenidos de la implementación de herramientas de análisis espacial al *paisaje aldeano* en que habitaron los grupos agropastoriles tempranos del Valle de Tafi (Provincia de Tucumán; entre *circa* 100 a. C. y 850 d. C.).

Partimos de la hipótesis de que la propia construcción del espacio de estos conjuntos socio-comunitarios ha de reflejar su gestión política, tanto como coadyuvar dialógicamente a su reproducción. Si a la luz de lo antedicho esta puede esperarse más o menos fluida y decididamente contraestatista, sus elementos centrales pueden mostrarse y emplearse como escenarios donde negociar las tensiones entre dinámicas centrípetas y centrífugas impelidas por los cambiantes equilibrios de dominancias, pero no donde focalizar una «dominación vertebradora», soberana, de todo el cuerpo social, ni tan siquiera en un pretendido *estadio incipiente*.

De un lado esta perspectiva rescata de la distorsión apolítica acostumbrada a unos grupos humanos que difícilmente pudieron carecer de fuertes sistemas de estabilización integrativa, a juzgar por sus patrones de poblamiento y requerimientos subsistenciales (Salazar *et al.*, en este volumen); y esto por no recurrir aquí a la evidencia negativa por la cual la aparente *suspensión* generalizada de la violencia habría obligado a adoptar o reforzar en su lugar otras prácticas

alternativas para mantener la estabilidad social sin quebrar su lógica centrífuga. Del otro lado, devuelve el sentido adaptativo pleno a tales sistemas políticos, basados por tanto en la reproducción social de unas *lógicas operativas* propias y coherentes con sus objetivos mediatos –es decir: con los agentes, y no con la «providencia histórica»–. De hecho, en último término la más o menos abrupta desintegración de la tradición Tafi tras cerca de un milenio de existencia declama ostensiblemente que sus prácticas políticas no conducían a la osificación estatista de las fracturas sociales ni a la centralización totalizante de *poder y autoridad*, a la intercepción de la *soberanía*. Fuera el que fuese el elemento que influyó determinantemente en esa gran reorganización social hacia el llamado Periodo de Desarrollos Regionales, el Estado no era una solución internamente lógica a la política aldeana, aunque no se trate ni remotamente del único caso arqueológico que así lo sugiere.

Por las sendas del Tafi: Introducción al caso de estudio

Las poblaciones que habitaron el valle de Tafi entre 300 a.C. y 1000 d.C. construyeron cientos de viviendas circulares de piedra de grandes dimensiones con distintos grados de agregación, en sectores próximos e intercalados entre a las zonas de explotación agrícola y pastoril, que configuraban un complejo sistema de andenes, aterrazamientos, montículos de despedre, líneas de contención, cuadros de cultivo y áreas de molienda extramuros (González y Núñez Regueiro 1960, Berberían y Nielsen 1988a, Salazar *et al.* en este volumen). En este contexto surgieron estructuras monticulares asociadas a monolitos huanca, interpretados tradicionalmente como lugares dedicados a la realización de reuniones comunitarias oficiadas por elites incipientes, en contextos sociales crecientemente centralizados (Tartusi y Núñez 1993, García Azcárate 2000). Sin embargo las evidencias arqueológicas generadas recientemente han permitido replantear el alcance del proceso de integración comunitaria proponiendo la existencia de colectivos de pequeña escala que, en base al control de los medios productivos y su reafirmación simbólica a través de los ancestros, contaron con márgenes de acción y toma de decisiones muy amplios configurando un espacio social fragmentario y centrífugo (Salazar *et al.* en este volumen).

La idea central de este capítulo es discutir la posibilidad de entender en clave política la configuración de la materialidad generada por los grupos aldeanos del valle de Tafi. Este interés nos ha obligado y nos seguirá obligando a detenernos en algunas consideraciones sobre política, prácticas y espacialidad. ¿Hay negociaciones políticas en la configuración del espacio?, ¿las poblaciones aldeanas tempranas

negocian y estructuran el entorno en el que viven a través de la política?, ¿los paisajes aldeanos intervienen en las negociaciones de la gente que los habita?

En este contexto resulta sustancial discutir las estructuras de las configuraciones espaciales de los asentamientos, especialmente la distribución de unidades residenciales, estructuras productivas y espacios ceremoniales en el valle a fin de analizar las situaciones de agregación, dispersión, control, centralidad, visibilidad, simetría, etc. En el área se han realizado otros estudios arqueológicos previos centrados en diferentes aspectos del paisaje aportando datos a la discusión sobre los procesos de construcción y uso del espacio (*i. a.* Berberían y Nielsen, 1988a; Sampietro Vattuone, 2002; Salazar y Franco Salvi, 2009); no obstante, se han tratado de aproximaciones limitadas por la falta de integración de los distintos tipos de datos considerados y el uso de unidades espaciales excesivamente parciales que dificultaban no ya una por el momento improbable visión total, sino sobre todo una necesaria visión totalizante del valle.

Por tanto, se propone aquí delinear las claves de una primera aproximación a tales problemáticas desde la inclusión en un mismo entorno de trabajo geográfico de diferentes tipos de datos susceptibles de arrojar nueva información en sus interacciones, como son las estructuras arqueológicas topografiadas, modelos orográficos del valle, sistemas hidrográficos, los vuelos de fotografía aérea realizados en el siglo pasado, cartografías edáficas, geológicas, etc., en tanto que permiten ubicar los sectores de asentamiento, las fuentes de aprovisionamiento de materias primas y las áreas de producción, las vías de comunicación, y permiten ponerlas en relación con el poblamiento del primer milenio de la Era.

Elementos de un Sistema de Información Geográfico (GIS) para la arqueología del Valle de Tafi

Sin duda una de las condiciones más características de la arqueología del valle es la tremenda visibilidad superficial de, al menos, un buen número de sus estructuras arqueológicas, las cuales se reparten de forma bastante homogénea en una considerable extensión de los campos y pastizales que todavía no se han visto afectados de una manera sustancial por la acción humana contemporánea. Este factor, propiciado de forma determinante por la vegetación baja del biotopo *keshua* (2000-2500 msnm) y por una alta accesibilidad, fruto de su estratégica ubicación en la principal vía natural que conecta el llano tucumano con la puna a través del valle de Yocavil², ha contribuido a

centrar en él la atención de numerosos investigadores, desde fines del siglo XIX hasta la actualidad. Tanto es así que bien podríamos entender que se definen a través de la variación material registrada en Tafi los rasgos fundamentales de una tradición cultural mayor en la cual se engloba a las comunidades agropastoriles que ocuparon el sector meridional de las Cumbres Calchaquíes durante, aproximadamente, el primer milenio de la era (*vid. i. a.* Álvarez Larrain y Lanzelotti, 2013; Di Lullo, 2010; Scattolin, 2006; Scattolin y Korstanje, 1994).

Para los fines de esta contribución esta particularidad es especialmente relevante pues ha permitido, a su vez, plantear desde bien temprano una dimensión interpretativa espacial de rango medio – como mínimo a nivel del valle –, con sus correspondientes instrumentos tipológicos, adecuados al enfoque ecológico cultural que caracterizó mayoritariamente a la Arqueología procesual a partir de las décadas de 1970 y 1980.

Efectivamente Berberían y Nielsen (1988a) sistematizaron en ocho tipos morfo-funcionales las estructuras arqueológicas documentadas desde Casas Viejas y El Mollar, al sur, hasta El Infiernillo, en el extremo septentrional del valle (Figura 1). En líneas generales, esta tipología se ha demostrado bastante operativa para los estudios de conjunto, sentando las bases para programar ulteriores trabajos arqueológicos en el valle que han ido ajustándola al ritmo de unas intervenciones progresivamente más detalladas. De esta manera los principales estudios desarrollados recientemente por el Área de Arqueología del C.E.H. Segreti y la Universidad Nacional de Córdoba (Franco Salvi, 2012; Salazar, 2010) han matizado algunos de los tipos de estructuras vinculadas a la producción (Tipos 5, 9, 10 y 11), han suprimido la categoría de “estructura excepcional” que hacía referencia a una fortificación erróneamente considerada contemporánea de las típicas unidades residenciales patrón Tafi y han incluido la categoría correspondiente a montículos más o menos regularizados compuestos en gran parte por restos culturales. Este último tipo incluye al otrora *unicum* aislado en Casas Viejas, El Mollar (González y Núñez Regueiro 1960), que una prospección más intensa en La Bolsa II ha recomendado ostensiblemente sumar como tipo potencialmente recurrente (Figura 2).

En cualquier caso, el modo en que se ha confeccionado la clasificación continúa agrupando estructuras en la suposición de que una coincidencia formal probablemente indique otras dos coincidencias, funcional y cronológica-cultural, tal como vienen demostrando excavaciones y sondeos en diferentes tipos de estructuras (González y Núñez Regueiro 1960, Berberían y Nielsen 1988a, Sampietro Vattuone 2002, Salazar 2010, Oliszewski 2011, Oliszewski et al. 2013, Aschero y Ribotta 2007). De hecho, y como difícilmente podría ser de otra forma,

esta misma idea subyace en otras propuestas tipológicas que pivotan abiertamente sobre la asignación funcional (Di Lullo, 2010), o en ella van a derivar las que lo hacen en primer término sobre la formal (Sampietro Vattuone, 2010: 47 y ss.).

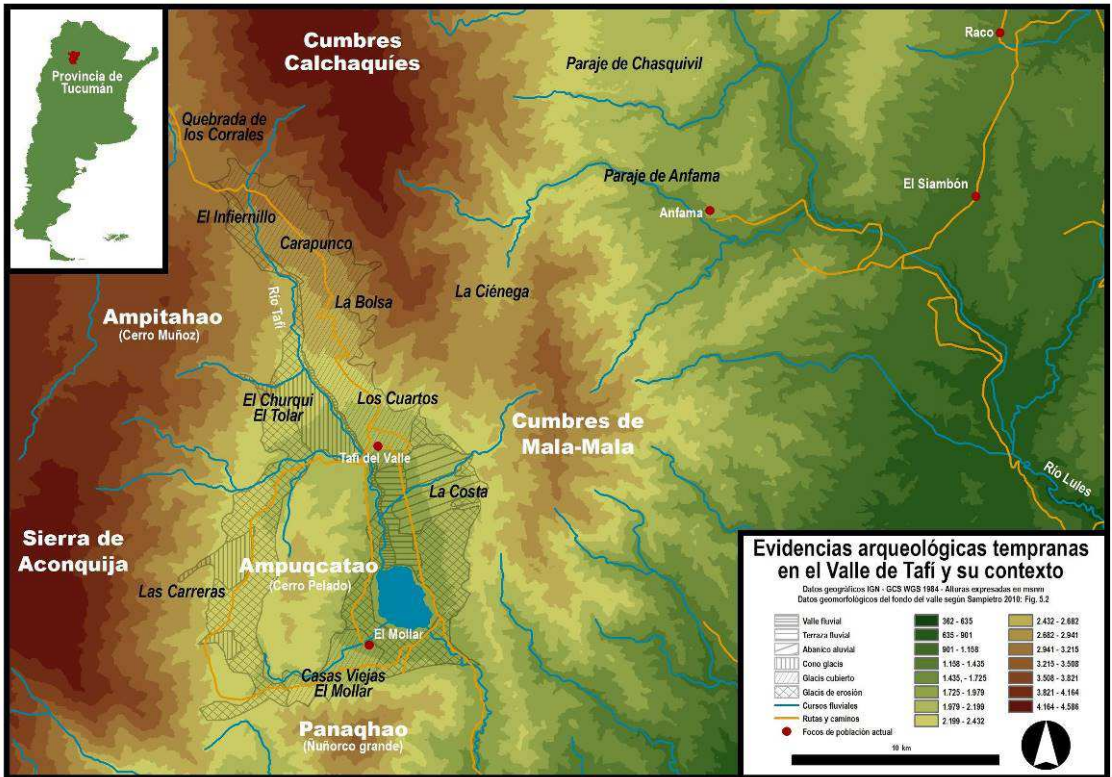


Figura 1. Evidencias arqueológicas tempranas en el Valle de Tafi y su contexto; se listan en cursiva negrita las principales áreas de dispersión de restos rastreables en superficie.

En nuestro caso el problema no es tanto una eventual invalidez del tradicional apriorismo tipológico, sino la necesidad de desmenuzar en el mínimo indicador posible una caracterización que, vuelta a componer, en la práctica se resuelve en un catálogo de tipos bastante similar al rescatado y corregido desde Berberían y Nielsen (1988a). Hasta aquí hemos referido propuestas de tipologización más o menos tentativas que a pesar de un ánimo analítico aplicable a la generalidad de la tradición Tafi, solo han trascendido muy escasamente el –necesario– umbral de la suposición preliminar, o bien se han concentrado en diferentes porciones del territorio más o menos reducidas con las miras puestas en resolver aspectos formulados desde paradigmas interpretativos economicistas, y coadyuvando doblemente a mantener desenfocada la articulación política del espacio socio-comunitario.

Tipo	Descripción
T1	Estructuras simples circulares y subcirculares; pequeñas y medianas (2-6 m de diámetro); totalmente techables
T2	Estructuras simples circulares, subcirculares y subcuadrangulares; grandes (>6 m de diámetro); no pudieron ser techadas en su totalidad. Se interpretan como corrales, pudiendo combinar estacionalmente ésta y la función de canchón de cultivo
T3	Conjuntos arquitectónicos compuestos por un recinto circular de grandes dimensiones (8-15 m de diámetro), al cual se adosa al menos una habitación de la misma morfología pero menores dimensiones (2-6 m de diámetro); en muchos casos la cantidad de estructuras adosadas excede a la decena y presentan diversidad en su construcción. Se interpretan como espacios domésticos
T4	Estructuras compuestas por dos o más recintos cuadrangulares grandes adosados; con vanos y pequeños recintos adosados. Se interpretan como corrales
T5	Estructuras destinadas al manejo del agua (almacenaje, distribución y riego). Interpretadas como represas, canales y acequias
T6	Estructuras para la protección del suelo cuya complejidad varía desde unos pocos muros de contención dispuestos paralelamente entre sí y perpendiculares a la pendiente, hasta sistemas de terrazas y andenes que muestran una tecnología agrícola sofisticada; en general se emplazan en pendientes superiores a 10°
T7	Montículos de piedra y tierra de elevación relativamente poco pronunciada (generalmente <1 m), de morfología irregular, con su eje longitudinal dispuesto en la dirección de la pendiente. Interpretados como despedres
T8	Montículos de tierra y desechos culturales; presentan una elevación mucho más pronunciada que T7 y una morfología más regular, con plantas circulares o elípticas
T9	Conjuntos de molinos de mano fijos (morteros y conanas) dispuestos en bloques o afloramientos rocosos al aire libre; de gran variabilidad en forma y tamaño (con medidas diámetro/profundidad desde 5x3 cm hasta 40x40 cm)
T10	Estructuras compuestas de planta subcircular y cuadrangular, dispuestas en forma de recintos adosados de dos o más unidades de grandes dimensiones (10-20 m) dejando superficies planas como plataformas escalonadas; las paredes son simples e informales en comparación a las unidades domésticas (T3); en algunos casos tienen adosados recintos circulares pequeños (T1) o aparecen asociados a montículos de despedre (T7) o muros de contención (T6)
T11	Montículos de despedre (T7) asociados a muros de contención (T6); en muchos casos los despedres se vinculan a las parcelas con paredes de piedra, en algunas ocasiones se disponen de forma longitudinal delimitando las parcelas

Figura 2. Tabla resumen de la tipología desarrollada para catalogar las evidencias arquitectónicas adscritas arqueológicamente a la tradición temprana tafi, según Franco Salvi (2012: 126-128)

Por un lado, es cierto que solamente sucesivas campañas de excavación o, al menos, de sondeos muy bien dirigidos a obtener fechados fiables para conocer las dinámicas de ocupación y abandono de estas estructuras, podrían comenzar a secuenciarlas en lapsos inferiores al del total del formativo (ca. 200 a.C.-850 d.C.), prácticamente indivisible en las actuales condiciones de conocimiento de los conjuntos cerámicos, patrones fúnebres o incluso diseños de espacios residenciales. Es evidente que sin poder entrar a valorar los aspectos relativos al desarrollo de la ocupación Tafi, a sus tasas y dinámicas de crecimiento a lo largo de casi un milenio, no nos queda sino cierta suspensión funcional en una sincronía en absoluto necesaria o evidente.

Pero por el otro lado también es cierto que todavía nos hallamos en condiciones de exigirle más resultados a las técnicas y análisis de “Arqueología no invasiva” (*sensu* Mayoral Herrera, 2013) practicados sobre el registro superficial, y que ello es bien capaz de afinar y retroalimentarse en dichas campañas de intervención tradicional. En este sentido nuestro equipo ha iniciado en los últimos años un proyecto de topografía intensiva, por el momento restringido a los parajes de La Bolsa y Carapunco, cuyos primeros frutos dan sustento al presente texto.

Para tal fin se diseñó una metodología lo suficientemente flexible como para incluir el registro de cualquier entidad arquitectónica susceptible de estudio arqueológico. A la vez fue necesario adaptarla a la lógica operativa de entornos informáticos de tipo GIS, en los que el trabajo en capas de información diferenciadas para cada clase de entidades y su asociación con una o varias tablas de datos relacionales matemáticamente permiten tanto la gestión eficiente de grandes volúmenes de información como, apoyado en esto, el despliegue de analíticas espaciales estadísticas relativamente más complejas. Por tanto, la primera medida adoptada fue la reducción de lo que se venía entendiendo tradicionalmente como “unidad estructural” desde una noción fundamentada en el edificio exento a una de tipo rasgo arquitectónico. Paralelamente se diseñó un modelo de ficha topográfica a emplear durante los relevamientos (Figura 3), descomponiendo nuevamente las tres variables en cuya combinación se han construido tradicionalmente las tipologías arqueológicas para el valle –esto es: forma, función y cronología–, las cuales resueltas preliminarmente con toda la certeza que permite la prospección superficial y con indicación de si se trataba de estructuras aisladas o formaban parte de un conjunto, ha permitido recomponer las entidades espaciales en CAD y GIS.

Obviamente la diferencia básica que se perfila respecto de estas tipologías tradicionales va a evidenciarse en lo que atañe a las unidades estructurales compuestas por más de un rasgo arquitectónico, especialmente las viviendas de patio y habitaciones adosadas. Sin embargo ello no va a traducirse en una merma de la potencialidad analítica, pues no solamente se añade la ventaja de anotar en las bases de datos asociadas a cada nueva entidad estructural información relativa únicamente a rasgos concretos del conjunto –frecuentemente no excavados en área sino sondeados en alguna de sus habitaciones o patios–, sino que además las antedichas capacidades del entorno GIS posibilitan reunir nuevamente de manera sencilla la información de conjunto en una capa de datos discretos que, además, facilite el análisis estadístico espacial. Por ejemplo, este ha sido el caso de los centroides, obtenidos desde las estructuras identificadas como patios formativos,

que en su tabla de datos incluían aspectos tales como la magnitud total de la vivienda.

Tipo		Aislado Si No		Puntos de estación			ID	
Estructura circular		Interpretación funcional preliminar						
Estructura lineal		Patio		Corral		Muro de contención		
Estructura rectangular		Habitación		Terraza		Canchón		
Despedre		Estructura aislada		Andén		Indeterminado		
Canal		Cronología preliminar Temprano PDR Inka Histórico						
Elemento de molienda		Observaciones						

Figura 3. Ficha topográfica unificada utilizada durante los relevamientos de evidencias superficiales. Nótese cómo aplica ya en este caso el registro sobre la base de rasgos arquitectónicos de entidad independientemente de su integración en un conjunto edilicio mayor. A fin de facilitar su posterior mapeo, el libretto de fichas se acompañó en todo momento de croquis con boceto general del sitio o serie topográfica e indicación de los puntos de estación correspondientes.

Zaranda de números: Características del GIS empleadas en este estudio

En cualquier caso todo esto responde a una línea de trabajo más ambiciosa que apunta hacia la confección de un GIS para el valle de Tafi, actualmente integrado por los datos de relevamientos topográficos intensivos en La Bolsa y Carapunco pero capaz de incorporar nueva información de otros sectores. Este registro no solo está direccionado a documentar y gestionar adecuadamente las muy numerosas y dispersas evidencias superficiales del poblamiento prehispánico y colonial del valle, en ostensible riesgo debido al aumento de la presión antrópica contemporánea, sino también a disponer de una herramienta adecuada para abordar el estudio de problemáticas tales como la interpretación del patrón poblacional y sus implicancias socio-políticas.

El presente estudio corresponde a un primer ensayo en este sentido, circunscrito en lo espacial a los dos sectores arqueológicos del valle de Tafi para los que tenemos considerables datos actualmente.

Partimos del supuesto de que existe en esta secuencia un momento de mayor apogeo en el que gran parte de las estructuras visibles estuvieron habitadas. Si bien esto supone un apriorismo arriesgado, consideramos un objetivo de primer orden plantear modelos

para comenzar a clarificar positivamente las distintas dinámicas que rigen en las estrategias de poblamiento del valle desde la aparición de las comunidades Tafi, hasta la conformación del paisaje arqueológico acumulado a finales del primer milenio de la era (Salazar *et al.*, en este volumen).

Una circunscripción adicional, correspondiente a la temática de la estructuración política de la comunidad observada desde las unidades residenciales, que dominan claramente la articulación del paisaje, recomendó obviar aquellas estructuras generadas en los desempeños estrictamente productivos –despedres, morteros y molinos, andenería parcialmente visible–, sin menoscabo de que su ulterior incorporación pueda aportar mayores precisiones o incluso reformular las conclusiones preliminares a que arribemos con unos datos que, por otro lado, consideramos que comienzan a ser suficientemente significativos (Franco Salvi 2012).

Por lo tanto utilizaremos cuatro tipos básicos de entidades: 1) Estructuras que por su ubicación y dimensiones se interpretan como patios articuladores de viviendas patrón Tafi; 2) estructuras interpretadas como habitaciones adosadas a esos patios; 3) estructuras aisladas que por sus dimensiones se consideran techables; y 4) estructuras que por su forma y dimensiones –en general: no techables– se interpretan como espacios productivos, con independencia de si aparecen adosados entre ellos o a otro tipo de edificaciones, de la altura y pendiente en que se verifican, o de si funcionalmente se piensan destinados al pastoreo, al cultivo, o a ambas labores –*ergo*: estructuras productivas indeterminadas (EPI)–.

Cronotipología	Área en m ²	Número de entradas
Habitación temprana	15.171	552
Patio temprano	16.798	156
Aislada temprana	3.110	71
EPI temprana	42.832	303
Total	77.911	1082

Figura 4. Tabla resumen de las entidades abordadas en el presente estudio, dentro de los trabajos de topografía y GIS en los sectores septentrionales del valle.

Esto supone una base operativa para nuestro estudio de más de mil entidades arquitectónicas registradas entre las cuatro categorías tipológicas, con cerca de 78.000 m² construidos para un área relevada próxima a las 750 has (Figura 4). A cada una de estas estructuras geo-

Árbol de categorías del sistema de información geográfico (GIS) de Tafi del Valle <small>(Solo se listan las que aplican para entidades arqueológicas)</small>											
Forma^a	<table border="1"> <tr> <td style="background-color: #e0e0ff;">Azul^b</td> <td>Dispone el rango de categorías inmediatamente por debajo en diferentes capas de datos de forma obligada</td> </tr> <tr> <td style="background-color: #e0e0ff;">Azul^b</td> <td>Puede disponer el rango de categorías inmediatamente por debajo en diferentes capas de datos, pero no de forma obligada, de resultas que se pueden también agrupar en varias o unir en una sola</td> </tr> <tr> <td style="background-color: #e0e0ff;">Negro</td> <td>Categoría que no se desglosa en parámetros, aunque pueda comprender categorías inferiores que sí lo hagan; susceptible de aislarse en una capa de datos independiente</td> </tr> <tr> <td style="background-color: #e0e0ff;">Negrita</td> <td>Categoría desglosada en parámetros a introducir en la ficha de cada entidad, los códigos de los cuales se listan a continuación en cursiva y precedidos por el número que se les asigna a efectos indexales; en todos los casos pueden añadirse parámetros sucesivos</td> </tr> <tr> <td style="background-color: #e0e0ff;">Rojo</td> <td>Categoría previsible o proyectada a través de la cual puede hacerse crecer el árbol indexal de las entidades que componen el GIS</td> </tr> </table>	Azul^b	Dispone el rango de categorías inmediatamente por debajo en diferentes capas de datos de forma obligada	Azul^b	Puede disponer el rango de categorías inmediatamente por debajo en diferentes capas de datos, pero no de forma obligada, de resultas que se pueden también agrupar en varias o unir en una sola	Negro	Categoría que no se desglosa en parámetros, aunque pueda comprender categorías inferiores que sí lo hagan; susceptible de aislarse en una capa de datos independiente	Negrita	Categoría desglosada en parámetros a introducir en la ficha de cada entidad, los códigos de los cuales se listan a continuación en cursiva y precedidos por el número que se les asigna a efectos indexales; en todos los casos pueden añadirse parámetros sucesivos	Rojo	Categoría previsible o proyectada a través de la cual puede hacerse crecer el árbol indexal de las entidades que componen el GIS
Azul^b	Dispone el rango de categorías inmediatamente por debajo en diferentes capas de datos de forma obligada										
Azul^b	Puede disponer el rango de categorías inmediatamente por debajo en diferentes capas de datos, pero no de forma obligada, de resultas que se pueden también agrupar en varias o unir en una sola										
Negro	Categoría que no se desglosa en parámetros, aunque pueda comprender categorías inferiores que sí lo hagan; susceptible de aislarse en una capa de datos independiente										
Negrita	Categoría desglosada en parámetros a introducir en la ficha de cada entidad, los códigos de los cuales se listan a continuación en cursiva y precedidos por el número que se les asigna a efectos indexales; en todos los casos pueden añadirse parámetros sucesivos										
Rojo	Categoría previsible o proyectada a través de la cual puede hacerse crecer el árbol indexal de las entidades que componen el GIS										
<ul style="list-style-type: none"> LPolígono <ul style="list-style-type: none"> LÁrea en m² <ul style="list-style-type: none"> LCronotipología <ul style="list-style-type: none"> 0. Sin datos 1. <i>Habitación temprana</i> 2. <i>Patio temprano</i> 3. <i>Aislada temprana</i> 4. <i>EPI temprana</i> 5. <i>Histórica</i> 6. <i>Tardía</i> 7. <i>UD temprana</i> (Suma de [Forma/Polígono/Cronotipología/1+2]) 8. <i>Despedre</i> LPunto <ul style="list-style-type: none"> LTipo^b <ul style="list-style-type: none"> LConjuntos domésticos (Centroide de [Forma/Polígono/Cronotipología/2]) <ul style="list-style-type: none"> LMagnitud (Número de [Forma/Polígono/Cronotipología/1] que se le adosan) LEPI formativa (Centroide de [Forma/Polígono/Cronotipología/4]) <ul style="list-style-type: none"> LMagnitud (¿Media de [Forma/Polígono/Área en m²]?) LDisposición en un conjunto <ul style="list-style-type: none"> 0. Sin datos 1. No 2. Sí LAislada formativa (Centroide de [Forma/Polígono/Cronotipología/3]) <ul style="list-style-type: none"> LMolino <ul style="list-style-type: none"> LClase <ul style="list-style-type: none"> 0. Sin datos 1. <i>Presión vertical</i> 2. <i>Presión horizontal</i> LDisposición en un conjunto <ul style="list-style-type: none"> 0. Sin datos 1. No 2. Sí LPoliilínea (¿tramos de muros de abancalamiento y andenería?) 	<p>Grado de intervención</p> <ul style="list-style-type: none"> 0. Sin datos 1. <i>Mapeo desde fotografía aérea o satélite</i> 2. <i>Topografiado</i> 3. <i>Recolección superficial</i> 4. <i>Sondeado</i> 5. <i>Excavado en área</i> <p>Serie topográfica</p> <ul style="list-style-type: none"> 0. <i>Fuera de serie</i> 1. <i>La Bolsa 1</i> 2. <i>La Bolsa 2</i> 3. <i>La Bolsa 3</i> 4. <i>Carapunco 1</i> 5. <i>Carapunco 2</i> 6. <i>Carapunco 3</i> <p>Fechado</p> <ul style="list-style-type: none"> 0. No 1. <i>Por pieza diagnóstica</i> (Sólo aplica en valores iguales o superiores [Grado de intervención/3]) 2. <i>Por radiocarbono</i> <p>Notas (Campo de texto donde listar bibliografía, correspondencias en la nomenclatura de diferentes autores, detalles de alguno de las categorías numéricas como el caso de Fechado/Por pieza diagnóstica, etc.; susceptible de desgajarse creciendo en nuevas categorías numéricas)</p>										

Figura 5. Árbol de categorías contempladas en la clasificación de entidades arqueológicas dentro del Sistema de Información Geográfico (GIS) en desarrollo para el Valle de Tafi. Además de los índices listados, nótese las potencialidades para aislar otros datos, incluidos los derivados de la interacción matemática con el resto de información geográfica que componen o pueden añadirse a la estructura del GIS (Usos del suelo, Cursos fluviales, Pendientes, Insolación, etc.)

rreferenciadas en el entorno GIS se le asocia una tabla de datos, eventualmente adaptada a su tipología pero que permite la relación matemática entre ellas y en general incluye campos comunes referidos a las condiciones de la documentación y el estado de su conocimiento – grado de intervención, serie topográfica, disponibilidad y tipo de fechados, etc.– (Figura 5). Merece especial atención el caso del procesamiento preliminar de datos: como venimos diciendo, podría entenderse que se opera un cambio de la “unidad espacial de análisis” al haber planteado la reducción escalar de las unidades de registro desde los edificios a los rasgos que eventualmente los componen. Sin embargo esto no ocurre exactamente así, en especial desde el momento en que las herramientas de procesamiento estadístico de estas entidades espaciales posibilitan generar nuevos datos capaces, incluso, de sumar en sus propias tablas asociadas la información que contenían las diferentes entidades asociadas; en concreto, éste es el caso de las unidades residenciales (UD).

Es evidente que si partimos de la premisa de que la unidad social mínima sobre la cual se articula el espacio comunitario en los grupos Tafi son los colectivos articulados en torno al parentesco (Salazar 2010), y éstos se verifican espacialmente en los conjuntos residenciales del Tipo 3 –*ergo*: siempre más de una entidad en la tipología topográfica que empleamos–, precisamos en nuestro GIS una entidad espacial equiparable para proceder con las numerosas analíticas de estadística espacial. La mayoría de estas analíticas funcionan preferentemente sobre entidades espaciales puntuales y no de tipo poligonal, como las estructuras y, así, la solución parece obvia: en los casos en que la “unidad de análisis” recomendaba trabajar en el nivel de la unidad doméstica como conjunto unitario, los resultados que presentaremos a continuación se basan en entidades espaciales de tipo punto, ordenadas en una capa de información superpuesta y obtenidas a partir del centroide de los patios que articulan dichas viviendas.

Con el fin de evaluar la magnitud relativa de estas unidades, además, se les ha añadido un índice correspondiente al número de habitaciones que articulan, oscilando entre una y un único máximo de ocho. De hecho, la obtención del centroide como mínimo operador en la estadística espacial ha sido asimismo común para las Estructuras aisladas y las EPI cuando ha sido necesario ponerlas en relación con las unidades domésticas. Llegado el caso, el índice de magnitud de estas podría obtenerse en aquellas equiparando su área al área media de nuestras estructuras de tipo 2, por ejemplo.

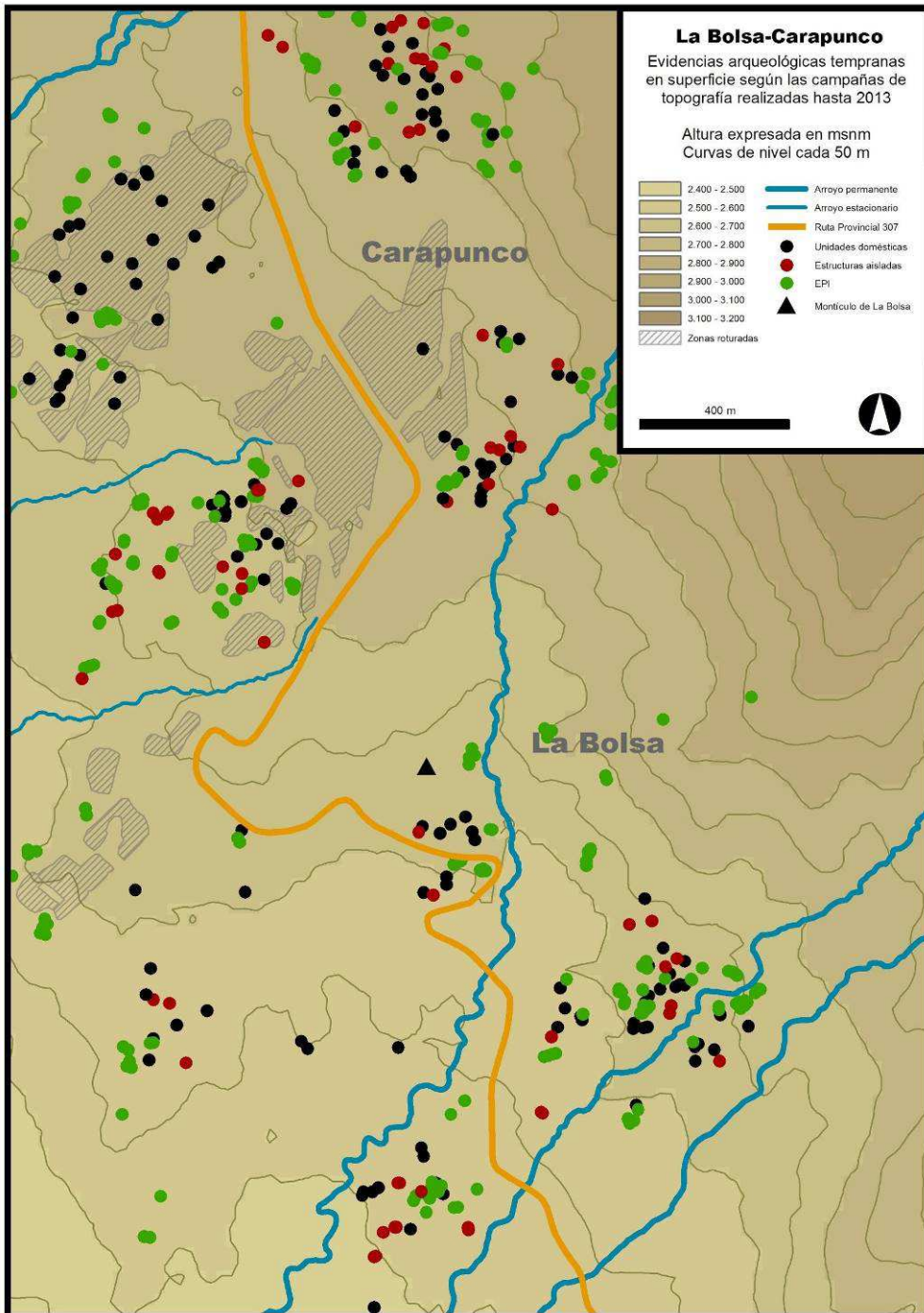


Figura 6. Evidencias arqueológicas tempranas de La Bolsa-Carapunco utilizadas en este estudio, según los datos obtenidos en las campañas de relevamiento topográfico hasta 2013; las zonas roturadas responden a la situación según tomas satelitales a fecha 9/11/2013, ©CNES-Astrium e ©Inav-Geosistemas SRL

Un vistazo comentado a la estadística espacial en La Bolsa-Carapunco

Magnitudes

Dentro de las viviendas de patrón Tafi existe una considerable variación en el número de habitáculos que se adosan al patio y, a veces, entre sí o a otros espacios que por su tamaño –no techables, quizá solo parcialmente techados– se vienen interpretando como patios secundarios. Este esquema podría, en las condiciones de conocimiento adecuadas, permitirnos ensayar el tipo de aproximaciones sintácticas que evidencian, más allá del simple tamaño o número de espacios arquitectónicos, la complejidad en la articulación del espacio doméstico y el grupo humano que lo habita (*vid.* Bermejo Tirado, 2009).

Desafortunadamente elementos cruciales, como la definición de los vanos, son difícilmente aislables sin una intervención arqueológica de excavación en área y, aun en estos casos, la técnica constructiva propia de estos grupos –empleando grandes bloques de granito hincados y dispuestos en seco– y las amortizaciones practicadas al abandono de las viviendas –que incluyeron el cegamiento de algunos de ellos– no siempre facilitan la interpretación de los paramentos.

Actualmente contamos nada más que con un puñado de excavaciones de este tipo, la mayoría parciales, de modo que virtualmente el único trabajo que aborda el espacio doméstico Tafi de una manera sistemática y empleando este tipo de herramientas es el realizado en la U14 de La Bolsa (Salazar 2010), si bien disponemos asimismo de datos provenientes de otros conjuntos habitacionales, especialmente de los ubicados en el sector norte del valle –El Tolar (Sampietro Vattuone, 2010: 79 y ss.) y La Bolsa (Berberían y Nielsen 1988b; Salazar *et al.* 2007)–. Sea como fuere, estos estudios han puesto de manifiesto que no todas las habitaciones techadas que forman los conjuntos domésticos Tafi responden a las mismas funciones ni, por tanto, pueden ser interpretadas de igual modo, lo cual resulta crucial a la hora de hipotetizar sobre la composición de los grupos familiares que los habitaban (Figura 7).

A la luz de lo informado por la Etnografía, tal vez una de las tendencias interculturales más estables sea la que vincula el hogar físico, el punto en el que se cocina y en torno del cual suelen disponerse un buen número de las actividades cotidianas, con el “núcleo familiar” en un sentido aproximado a como lo entendió Murdock; una aplicación inmediata para la categorización socio-material sería, pues, la que basándose en la cantidad de hogares fijos y tipológicamente análogos en

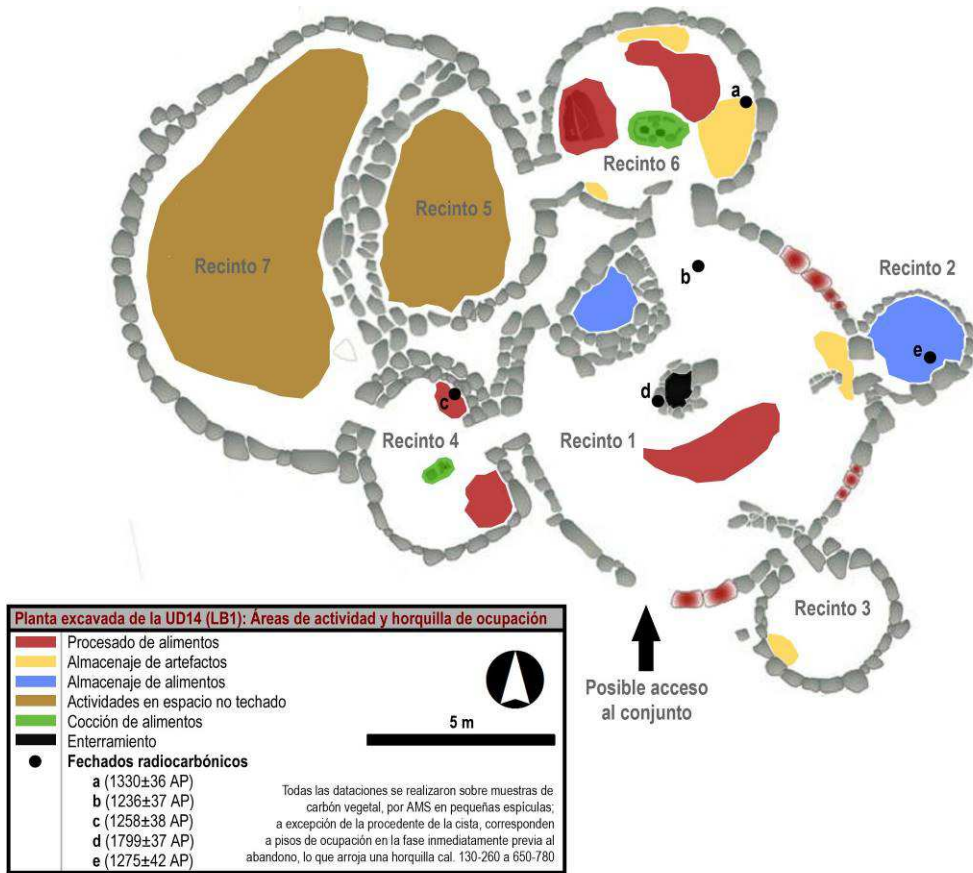


Figura 7. Planimetría de la Unidad Residencial U14 (La Bolsa 1) con indicación de sus áreas de actividad identificadas y los puntos donde se obtuvieron materiales para datación absoluta, elaboración propia a partir de Salazar (2010). Nótese cómo no todos los recintos interpretables superficialmente como habitaciones responden a las mismas características una vez excavados, resultando que solo R4 y R6 podrían equipararse a sendos núcleos familiares dentro de la unidad doméstica, mientras R2 parece haber estado destinado al almacenaje al menos en la última fase de ocupación, y las malas condiciones de conservación de R3 impidieron una caracterización más ajustada.

una misma casa, infiere su habitación por un grupo doméstico mononuclear o polinuclear. Este enfoque aporta una ventaja sustancial, aunque sea a efectos de profilaxis teórica, respecto de los que buscan la conexión directa con modelos específicos de matrimonio y familia, pues centra la atención sobre la única evidencia clara de unidades reproductoras componentes sin presuponer formas de vinculación, es más: impidiendo consideraciones implícitas. La definición apriorística de una “familia extensa” únicamente en tanto polinuclear enfatiza ostensiblemente el aplazamiento, hasta que se planteen datos y modelos interpretativos específicos, del debate sobre si la presencia de más de un núcleo en el grupo doméstico corresponde a una situación de

cohabitación vertical u horizontal de parejas emparentadas, si se trata de una situación de poliginia, etc.

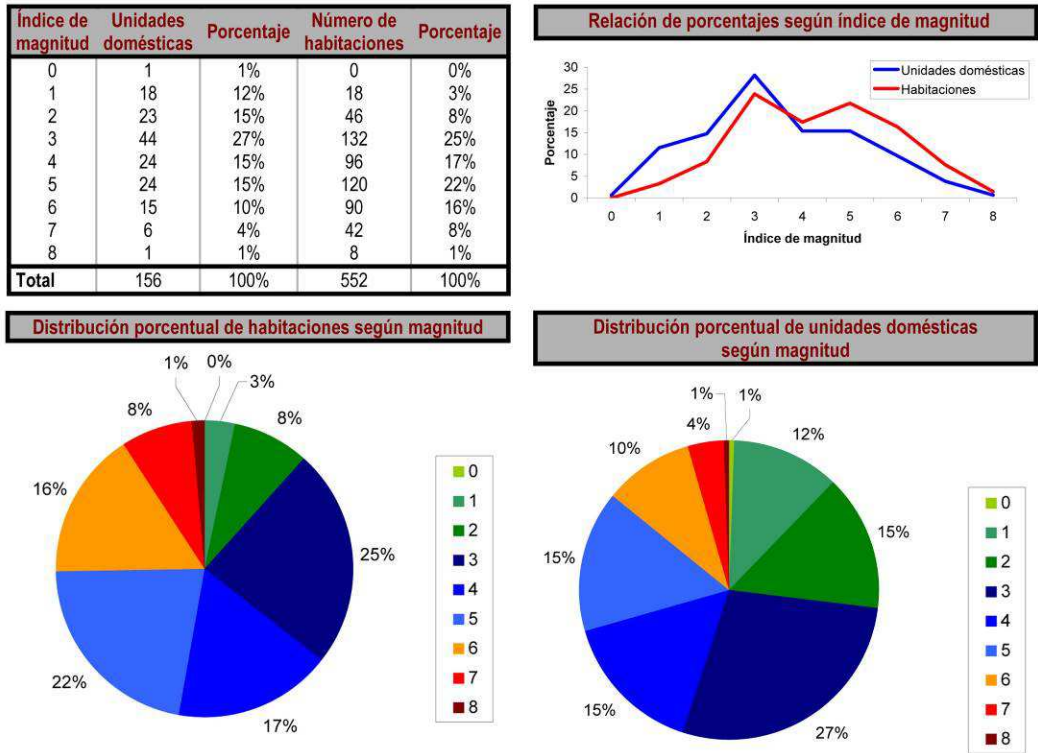


Figura 8. Distintas tablas sobre la distribución de UD en función de su índice de magnitud, y el número de habitaciones asociadas en que se traduce: (De superior a inferior) Número absoluto de individuos y porcentaje de la muestra para ambos casos; Relación de porcentajes según el índice de magnitud, nótese especialmente la franja de equilibrio relativo aproximadamente a la mitad de sus desarrollos (índices 3-5) y las tendencias antes y después; Distribución porcentual de habitación según el índice de magnitud de la UD a que se asocian; Distribución porcentual de UD según este mismo índice.

Pues bien, para el caso de la tradición Tafi sabemos que tales hogares fijos se ubican en las habitaciones adosadas al patio, pero también que solamente lo hacen en algunas de ellas. Por ejemplo en el caso de la U14 de La Bolsa se identificaron hogares en dos de las cuatro estancias, mientras que una estuvo destinada al almacenamiento de alimentos y en la restante la mala conservación del piso de ocupación impedía toda interpretación (Figura 7). En cualquier caso, la parquedad de registros obtenidos en excavación nos obliga a limitar a la advertencia este tipo de cuestiones, y operar según el mínimo común denominador de nuestro conjunto de datos superficiales que, en efecto, es el número de habitaciones adosadas a cada patio como leve ponde-

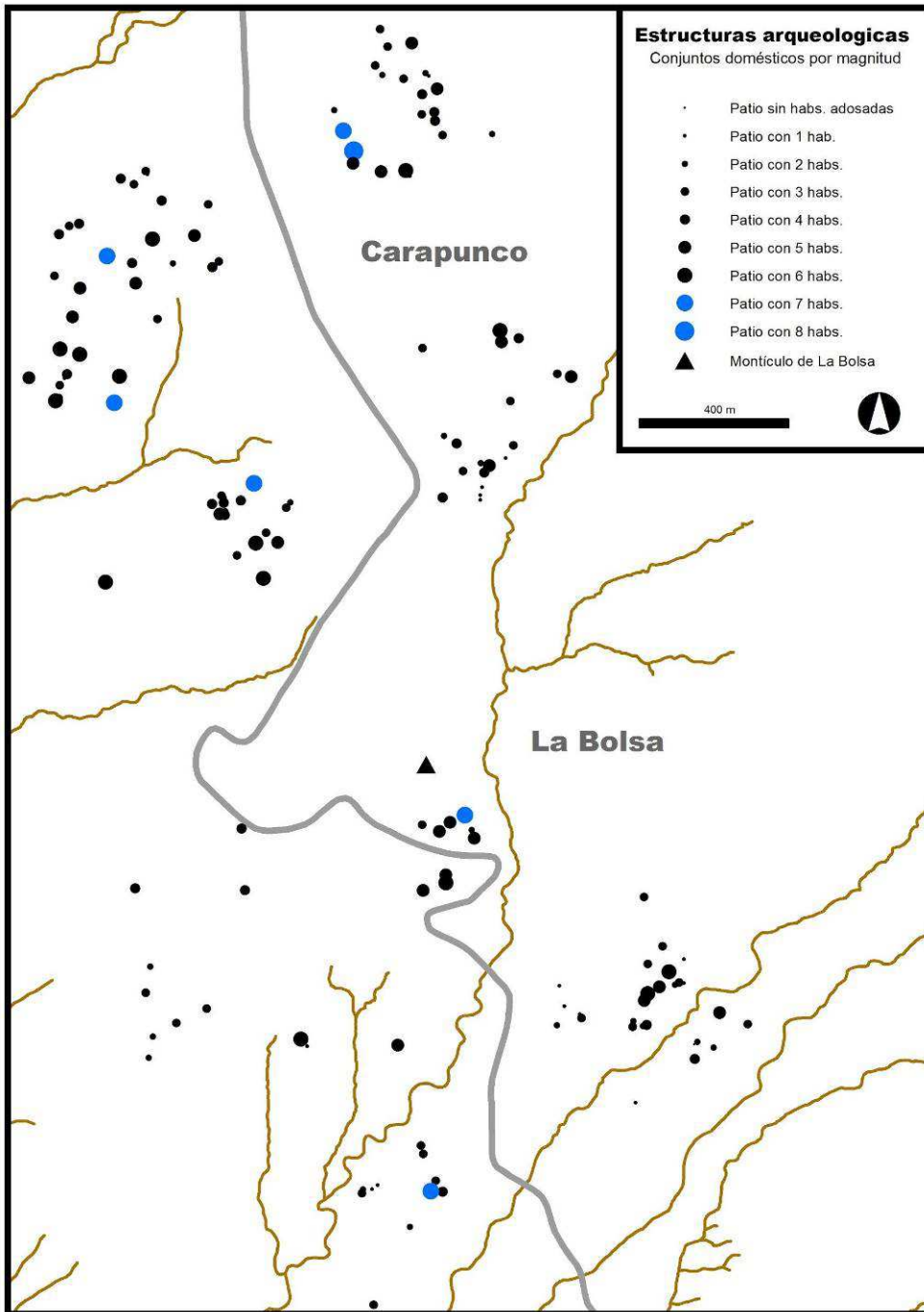


Figura 9. Distribución de las Conjuntos Domésticos representados según su Índice de magnitud.

ración de la complejidad estructural del espacio doméstico antes que del mero tamaño en metros cuadrados.

En base a esto se dispuso a efectos analíticos una serie de entidades de tipo punto obtenidas mediante el centroide de cada patio. Para el caso del índice de magnitud se añadió a la información tabulada de cada punto un valor entero por cada estancia adosada, resultando que más de la mitad de las unidades habitacionales se ubican en el rango entre 3 y 5 estancias adosadas (58%), con una clara preponderancia del valor inferior de este grupo (28%), las cuales a su vez agrupan todavía un porcentaje algo mayor de las estructuras catalogadas como habitación formativa (63%). Desde este cinturón los valores descienden en ambas direcciones, de manera más o menos abrupta especialmente hacia la parte alta de la tabla, con una significativa reducción en el número de individuos entre la magnitud 6, de un lado, y 7 y 8, de otro. De hecho solo contamos con siete patios que agrupen más de seis estancias en su rededor, lo que representa un 14% de la muestra de unidades domésticas para un 9% de la de habitaciones (Figura 8 y Figura 9).

Proximidades

Otra característica que eventualmente puede demostrarse significativa es precisamente la ubicación y distribución espacial de estas entidades. Teniendo únicamente en cuenta la situación observable en superficie, pareciera que los procesos postdeposicionales, y especialmente aquellos fruto de la posterior explotación humana del territorio, no han afectado sensiblemente a la distribución de los conjuntos registrados. O, en otras palabras, sucede que efectivamente es fácil de distinguir una tendencia por parte de las unidades domésticas a aparecer agrupadas en nucleaciones de mayor o menor entidad y concentración.

Esto parece no derivarse de una pérdida de datos entre medias, pues hallamos que la mayoría del territorio permanece actualmente dedicado a pasturas y que allí donde se han dispuesto contemporáneamente campos roturados se han evitado los restos arqueológicos de mayor magnitud –caso de los sectores occidentales de Carapunco o La Bolsa 3–, lo que hace pensar que donde no queda evidencia de restos pero sí hay campos –caso del hiato entre la secuencia topográfica de La Bolsa 2 y las de La Bolsa 3 y Carapunco– sencillamente no los hubo nunca en proporciones significativas (Figura 7). De lo contrario cabría esperar grandes sectores de despedre contemporáneos, y no es de hecho un mal motivo practicar la evitación de los restos arqueológicos habida cuenta del volumen de peso en granito que habría de moverse para despejarlos³.

A resultas de esto, podrían aislarse cuatro nucleaciones bastante definidas al norte, entre los sectores septentrionales de La Bolsa y los

meridionales de Carapunco, divididos por la actual Ruta Provincial 307. A éstas se sumarían otras cuatro nucleaciones en la mitad sur del área de estudio, cuya entidad parece *a priori* sensiblemente menor que las anteriores. De las meridionales, sin duda el conjunto de La Bolsa 1 – correspondiente a la Reserva Arqueológica y los maltrechos restos bajo la vecina Estación Transformadora de Energía– es el más extenso, mientras que hacia el oeste, en dirección al Río Tafi, se registra una mayor dispersión de los restos que se agudizará si solamente consideramos las estructuras habitacionales.

Siguiendo el tema con el que cerramos el epígrafe anterior, llama la atención la ubicación bastante espaciada entre sí de aquel reducido grupo de unidades domésticas de siete o más habitaciones adosadas. En efecto, con la salvedad hecha en la pareja que forman la única unidad de 8 y una adyacente de 7 en Carapunco 1, no solo ninguna otra se localiza a menos de 400 m lineales, sino que la mayoría lo hace en distancias que rozan o superan los 1000 m, con picos de 2600 y 2800 m en las más alejadas. En cualquier caso, por lo que toca al establecimiento de vecino más próximo, existe una distancia de amortiguación entre 400-600 m, y esto es ampliable en líneas generales a las nucleaciones de las que hablábamos.

Un análisis de densidad ponderado según el índice de magnitud de cada unidad doméstica (Figura 10) corrobora estos puntos, devolviendo si acaso el conjunto de La Bolsa 1 a la tendencia general pues, a pesar de no comprender ninguna unidad de magnitud superior a 6, resulta uno de los núcleos con mayor densidad de ocupación, solo superado por La Bolsa 3. A la vez, el análisis de densidad representado en el gráfico evidencia más claramente la situación que describíamos a través de la observación aislada de los restos arqueológicos superficiales, definiendo zonas claras de agrupación en la mitad septentrional de nuestra área de estudio, que se difuminan en mayor o menor grado en la meridional, pero en ningún caso apuntando hacia un poblamiento especialmente concentrado en un punto.

De hecho, a partir de la elipse de desviación estándar que dibuja la distribución direccional del total de unidades residenciales analizadas en la muestra (Figura 11) se puede inferir que el poblamiento está extendido por el territorio de una manera aproximadamente regular y condicionado primeramente por la orografía del valle, contra la cresta que conforman al este las últimas estribaciones de las Cumbres Calchaquíes. Es por esta razón que la elipse alcanza tales proporciones sobre la zona habitada, y especialmente, que dispone su eje longitudinal en perfecto paralelo con el cordón Calchaquí a un lado y el curso superior del río Tafi al otro, fuera de la imagen. Igualmente significativa

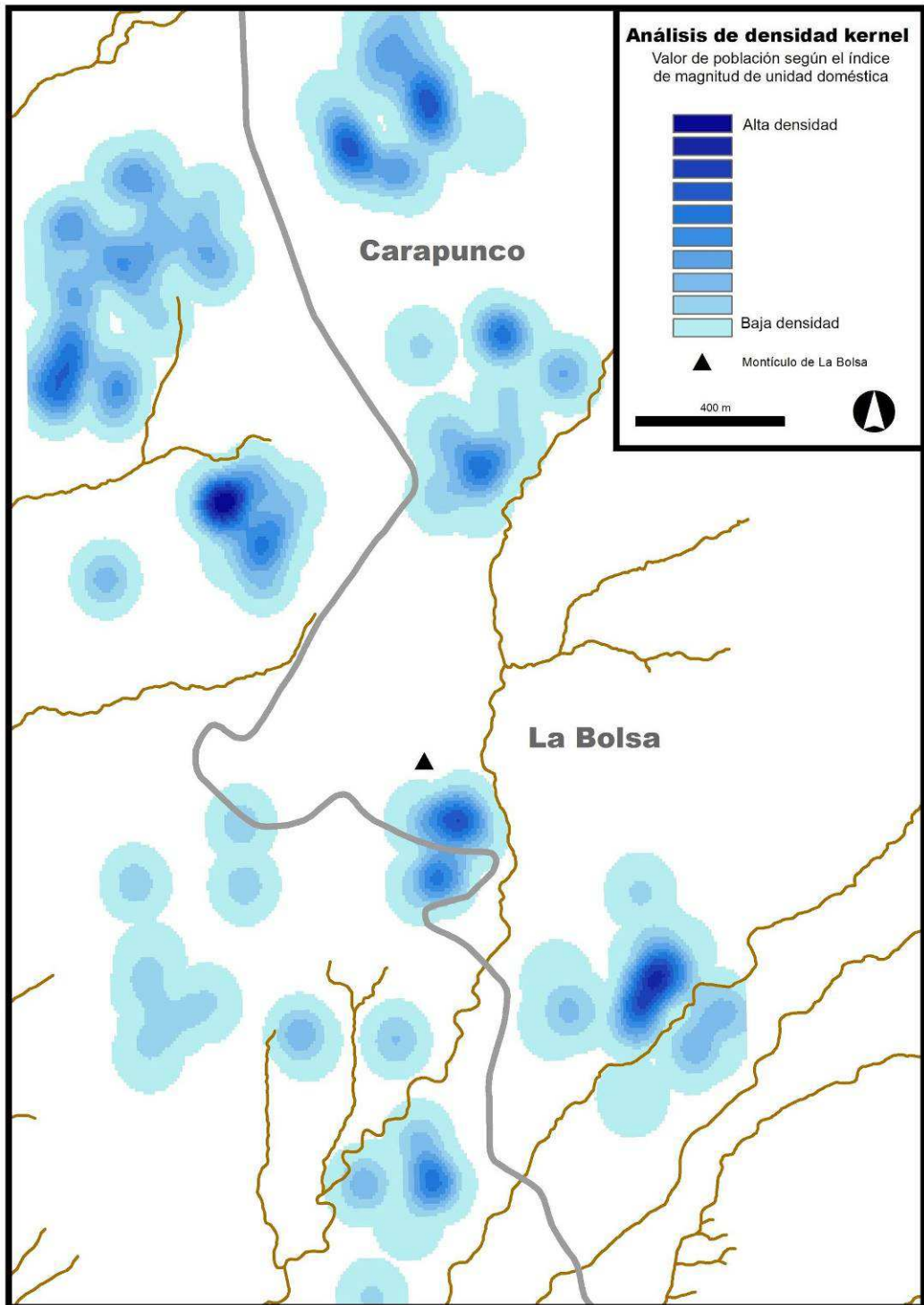


Figura 10. Distribución de la densidad de habitación a partir del Índice de magnitud de las UDs

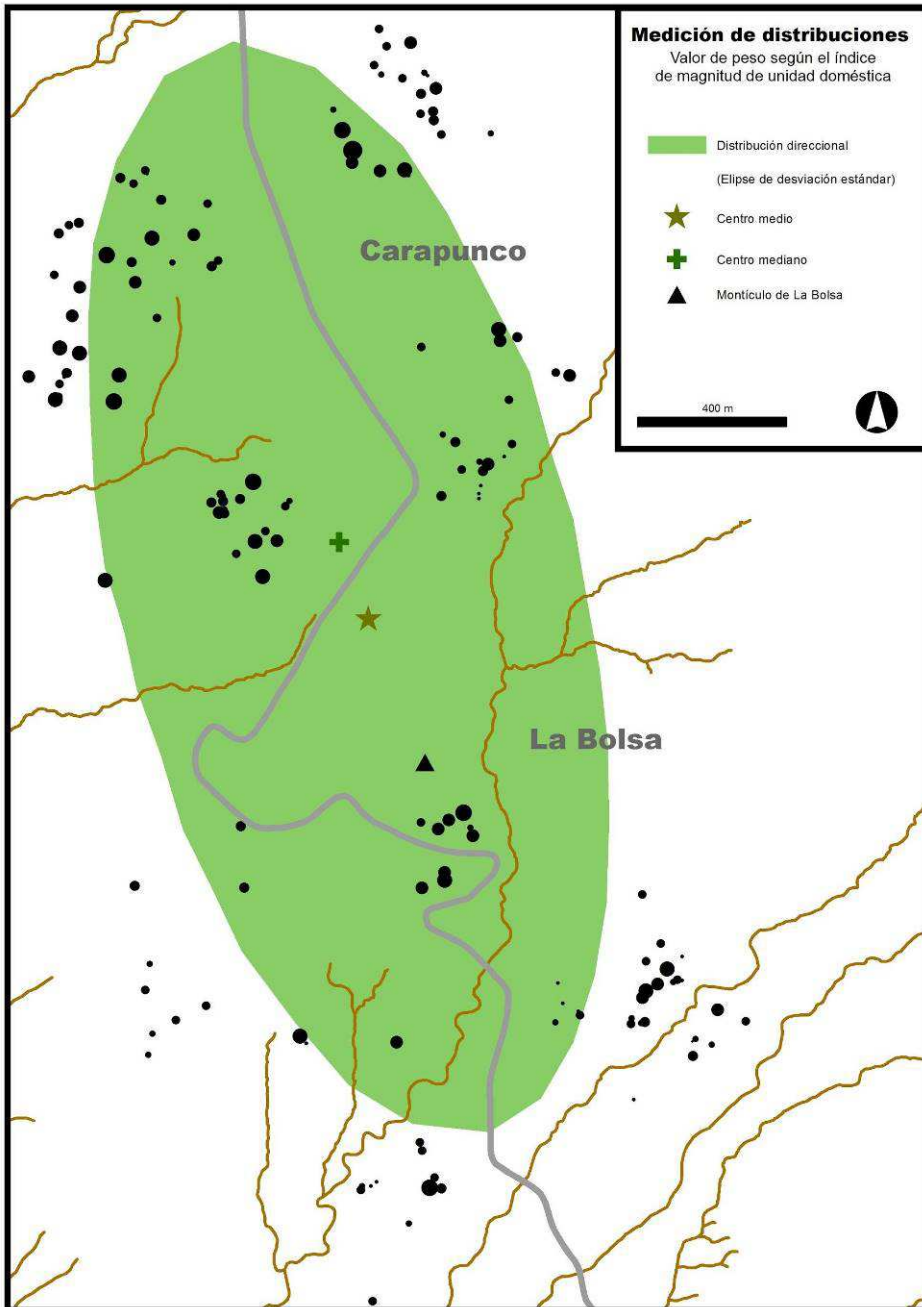


Figura 11. Distribución direccional (elipse de desviación estándar) y centros medio y mediano para los conjuntos de La Bolsa-Carapunco topografiados. Nótese que en todo caso se trata forzosamente de una estimación parcial sobre la muestra manejada a la fecha y que la incorporación de nuevos datos ha de variar especialmente la relación entre los centros y el Montículo de La Bolsa 2, virtualmente más centrado ahora de lo que cabría esperar al sumar ya solo los importantes restos superficiales hacia el norte del área de estudio.

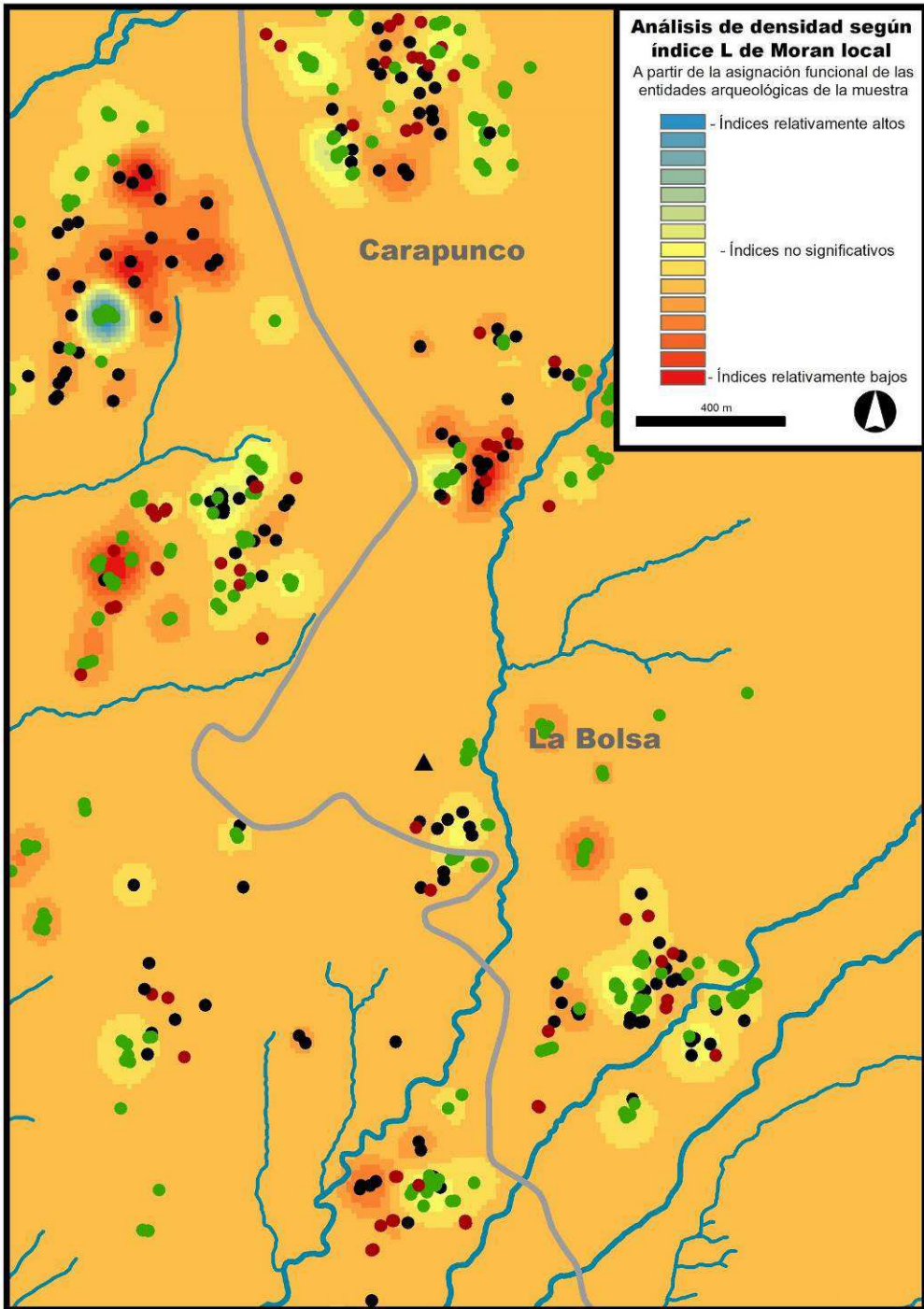


Figura 12. Picos significativamente altos y bajos en el agrupamiento funcional de estructuras respecto de sus vecindarios (Densidad según Índice L de Moran local), un tipo de analítica de grupos (Cluster Analysis) que puede permitir rastrear la "continuidad" en el paisaje Tafí

podría ser la localización de los centros medio y mediano en los sectores septentrionales de La Bolsa, de hecho basculados en esta dirección a causa del alto peso poblacional de las nucleaciones de Carapunco; la posición cerca de 500 m más meridional del Montículo de La Bolsa tendrá que observarse a la luz de estos datos, si bien por ello no deja de encontrarse en el margen opuesto del gran espacio vacío que inauguran por el norte los dichos centros. Obviamente, como veremos más adelante, aquí bien pueden estar viniendo a jugar su papel las mismas condiciones orográficas que aludíamos antes a una escala mayor.

Pero continuando con el argumento, una distribución de estas características podría estar evidenciando que no prima ningún factor sociopolítico o económico como foco atractivo único para el total de la muestra. En este sentido estaría apuntando también el análisis de conjuntos sobre posibles patrones de distribución en base a la interpretación funcional de las estructuras, calculando su índice L de Moran local. Esta analítica rastrea la presencia o ausencia de agrupaciones (*clusters*) significativas en el espacio poniendo en relación a través de un parámetro concreto –en nuestro caso la cronotipología– una entidad con sus vecinas, de suerte que la aplicación sobre sus resultados de un nuevo análisis de densidad tipo kernel (Figura 12) arroja sobre el mapa una cobertura continua en la que se destacan picos altos y bajos de coherencia en y entre vecindades, siempre en relación al conjunto. Se trata de un método adecuado para definir los contornos de áreas en las que la incidencia de un parámetro concreto es significativamente alta o significativamente baja respecto del resto, es decir: de concentraciones significativas de una característica o variable en una zona, por ejemplo en el caso del clásico modelo de punto central y área de captación concéntrica o en general en cualquier distribución zonal de las actividades humanas.

Sin embargo en nuestro caso prácticamente todas las nucleaciones aldeanas presentan índices poco significativos y contornos indefinidos; ciertamente pudiera parecer que hay una tendencia doble hacia la situación más o menos liminal de las EPI y su mayor dispersión, si bien no hay que olvidar, por otro lado, que la categoría incluye en el mismo rubro estructuras que pudieron ser utilizadas de forma muy diversa, especialmente en el caso de las más alejadas en la altura, que se interpretan únicamente como cercos para ganado al contrario que las que aparecen entremezcladas en las zonas de habitación, cuya función quizá varió entre el cultivo y el pastoreo. Igualmente, en esa misma línea, no podemos pasar sin remarcar que la analítica no incorpora otro elemento productivo tan central del paisaje como la andenería que se localiza en prácticamente todas las zonas de ocupación con un patrón igualmente aleatorio entre el resto de estructuras (Franco Salvi 2012; Sampietro 2002). Pero sin duda, aun con esas carencias que en todo

caso difuminarían más la concentración de unidades domésticas, no se registran más que pequeños picos de concentraciones domésticas, en todo caso con una significatividad relativa media.

Existe por supuesto una excepción evidente en Carapunco 2, donde claramente se localiza un buen número de unidades residenciales conformando un grupo bastante disperso pero muy coherente y donde se incrusta, hacia el exterior de tal conjunto pero todavía dentro de la nucleación aldeana, otro foco de gran coherencia interna, esta vez formado por estructuras productivas. Por un lado, no se puede decir que esta anomalía incida de una manera determinante en el patrón de poblamiento evidenciado en la muestra de La Bolsa-Carapunco como para variar el modelo, pero por el otro, además, tal vez existan otras evidencias que recomiendan poner en cuarentena esa zona concreta: nos referimos a la significativa ausencia de estructuras aisladas – espacios circulares exentos que por sus dimensiones podrían haber sido techados– que en el resto de nucleaciones aldeanas amortiguan los valores extremos de UD-EPI, y al hecho de que precisamente Carapunco 2 es el sitio en el cual las roturaciones contemporáneas se muestran más intensas en la actualidad; aquí no aparecen trabajos de andenería prehispánica ni ninguna otra evidencia estructural menor, y quizá ese mismo acondicionamiento que evitó las acumulaciones masivas de granito que son las unidades domésticas y EPI Tafi operó para eliminar las construcciones más pequeñas que se entremezclan con los conjuntos domésticos en el resto de sitios de La Bolsa y Carapunco.

Sea como fuere, el panorama general que arroja este cúmulo de analíticas es el de un paisaje marcadamente continuo y extendido por el territorio, en el cual no se localizan prácticamente concentraciones o focos discretos de ningún tipo. Las nucleaciones aldeanas resultan grupos bastante laxos de entidades más o menos dispersas ninguna de las cuales parece tener ni un peso específico sobre el resto ni, de hecho, características internas que las diferencien entre sí –la anomalía de Carapunco 2 sólo afectaría a la distribución de las entidades productivas respecto de las domésticas, pero no a la presencia de ambas en el conjunto–. Entre ellas se localizan hiatos que amortiguan esta continuidad paisajística, si bien las contingencias orográficas pudieron jugar cierto papel, como las que a la postre marcan la distribución direccional a lo largo de este tramo septentrional del Valle de Tafi. De hecho es en el margen meridional de uno de estos espacios vacíos donde encontramos la única estructura singular localizada durante los trabajos de prospección y topografía, el montículo de La Bolsa 2, el cual si bien no se ubica en el centro de la muestra, sí presenta cierta tendencia a la centralidad con los datos de que disponemos hoy día, sin por ello –y esto es lo más significativo– ejercer aparentemente de polo de atracción, nudo o foco de la lógica de poblamiento. Incluso podría

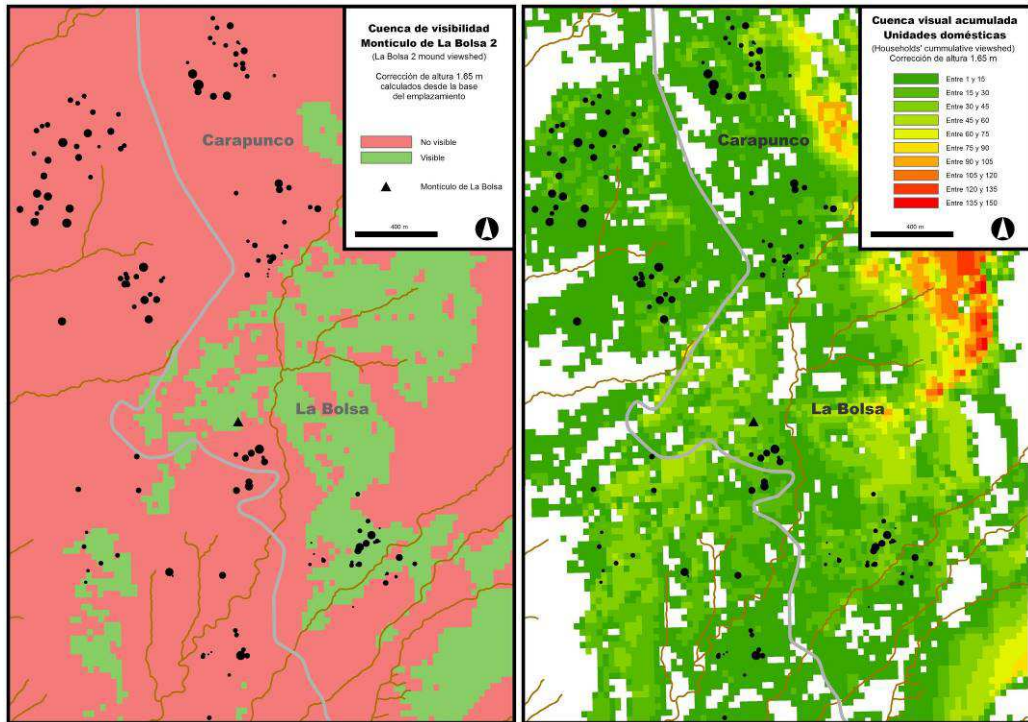
lanzarse la hipótesis por la cual la situación es exactamente la inversa, y es la disposición del poblamiento lo que condiciona la ubicación del 'centro' en esta estructura monticular singular; repasemos aun algunos datos antes de profundizar en su formulación.

Visibilidades

Otra de las cuestiones ampliamente abordadas en los estudios arqueológicos del paisaje desde sus inicios es la de la visibilidad, situación que de hecho ha propiciado asimismo que se hayan aislado y apuntado los frentes problemáticos que su aplicación pueda presentar con más detalle que en otro tipo de cálculos espaciales (*vid. i. a.* Conolly y Lake, 2009: 295 y ss.; Zamora Merchán, 2006). La cuenca de visión (*viewshed*) desde un emplazamiento dado, la intervisibilidad entre sitios o la cuenca de visión acumulada (*cummulative viewshed*) desde un conjunto de ellos, han sido elementos centrales a la hora de establecer unas primeras bases objetivas para comprender la forma en que *pudo* ser percibido subjetivamente el paisaje en una ocupación arqueológica, y se han demostrado fundamentales en la identificación de patrones estratégicos de control o relevancia-significación visual (Grau Mira, 2002; Grau Mira y Segura Martí 2013; Kiss, 2011). Precisamente por esto último es interesante traerla a colación ahora que comenzamos a definir las características del contexto espacial en el que se localiza el montículo de LB2, en tanto herramienta para medir hasta qué punto su singularidad dentro de la tipología de estructuras construidas por las comunidades tempranas de Tafi se corresponde o no con otra singularidad en su ubicación hacia el rango de hito paisajístico.

Sin embargo esta circunstancia es rápidamente descartable con los mapas arrojados por estos análisis (Figuras 13 y 14). Claramente no estamos tratando con una posición estratégica que permita controlar una amplia cuenca visual. El carácter estratégico, en cuanto a lo que a prevención de la violencia extracomunitaria se refiere, es virtualmente inexistente en la generalidad del poblamiento temprano del valle. Una vez puesta en duda la contemporaneidad de lo que Berberian y Nielsen (1988a) identificaran como fortificación, se hace evidente la total ausencia de medidas de protección pasiva y difícil imaginar que las hubiera muy significativas de protección activa, lo que acaba de esbozar un escenario inusualmente pacífico sobre el cual habremos de volver. Aún así, podríamos haber esperado cierto grado de visibilidad de y desde lo que a todas luces hubo de ser un elemento significado en la vida –¿y la articulación?– social de La Bolsa y Carapunco. Pero no es el caso. Desde la posición del montículo apenas son visibles la nucleación aldeana de La Bolsa 1 y uno de los pequeños y desperdigados conjuntos al oeste del sitio; ninguno de los hábitats cotidianos de la mitad septentrional del área de estudio entra dentro del rango de visión, y

curiosamente ni siquiera lo hace la nucleación meridional de La Bolsa 2 a escasos 100 m al sur del montículo, dato que empieza a permitir desentender una vinculación especialmente estrecha entre uno y otro evento espacial.



*Figuras 13 (izquierda). Cuenca de visibilidad (Viewshed) desde el Montículo de La Bolsa 2; y Figura 14 (derecha). Cuenca de visibilidad acumulada (Cummulative Viewshed) desde las UD*s

Al lado contrario, la cuenca de visibilidad acumulada del total de unidades domésticas de la muestra habla más bien de unos rangos de intervisibilidad tan reducidos como homogéneos, en los cuales la mayoría de unidades domésticas se sitúan en cifras inferiores a la veintena de puntos, sin llegar a sobrepasar en ningún caso los cincuenta que suponen únicamente un tercio del total de la población – para las UD más altas de Carapunco 1 y el referido pequeño conjunto al oeste de La Bolsa; curiosamente casi los extremos distales del área analizada–. Estos datos apuntan a que, como el montículo, ninguna de las ubicaciones aldeanas desarrolla un control visual destacable sobre el resto, sino que posiblemente cada unidad doméstica solo era observable desde las vecinas inmediatas, y aun en este caso se trataría de los muros exteriores de la construcción que delimitaban el patio articulador de la vida interna del grupo que las habitaba. Desde luego todo esto dificulta una interpretación social que pondere significativamente los centros supradomésticos, tanto el que en una

eventualidad pudiera constituir el montículo de La Bolsa 2 para todo el paraje como los que pudieran definirse en cada nucleación aldeana, imposibilitando en consecuencia tanto la vigilancia-significación tipo panóptico de las comunidades constituidas en torno a ápices social o discursivamente dominantes como la vigilancia mutua intracomunitaria de los grupos centrípetos que definiera arqueológicamente Kuen Lee (2007).

Volviendo sobre los lugares que sí son observables desde un buen número de locaciones domésticas, encontramos que si algo fue evidente para las comunidades que habitaron el Valle de Tafi fueron los cordones montañosos que lo circundan. Tampoco supone una sorpresa que la única franja que concentra el total de puntos de observación posible sea las Cumbres Calchaquíes sobre las cuales se apoya el poblamiento, si bien otra cuestión es la manera en que se percibieron estas moles montañosas, sus frecuentaciones y el carácter de las mismas. Precisamente estos condicionantes orográficos son los que aludíamos cuando aportábamos datos para contextualizar la disposición del montículo desplazada hacia el sur: una observación más detallada de la cuenca de visibilidad acumulada y el propio mapa físico pone en evidencia la existencia de un pronunciado repecho en la progresión de la ladera en este punto, de suerte que desde La Bolsa 3 y Carapunco no es visible esta ubicación porque desde allí desciende la pendiente más o menos bruscamente conformando una vertiente suave que vuelve a descender rápidamente justo después del montículo, imposibilitando la visión directa de éste sobre la base de la cercana nucleación de La Bolsa 2. La ladera en la que se ubica el montículo –precisamente lo que trata de evitar la ruta provincial 307 abriéndose al oeste en este punto– aparece como un gran espacio abierto que no desarrolla un control especial sobre las nucleaciones aldeanas circundantes pero, a la vez, se encuentra en un rango de visibilidad medio-alto puesto en relación con los parámetros en que se mueven las propias unidades domésticas, y sobre todo, en una ubicación de muy fácil acceso prácticamente desde cualquier punto. A la postre podría ser este el sentido estratégico del emplazamiento, privilegiando unas características conectivas de tipo ‘punto de encuentro’ más que ‘punto de control’, tornándose hito paisajístico solamente en la medida en que unas prácticas verificadas recurrentemente en el lugar lo significan para la comunidad socio-política que las desarrolla y se encuentra. A falta de datos precisos de excavación en La Bolsa 2 no tenemos más que la analogía con lo registrado en los trabajos del montículo de Casas Viejas (Carrizo *et al.* 1999, González y Núñez Regueiro 1960, Srur 1999), pero desde luego en aquel caso la gran acumulación de deshechos de consumo e incluso la posterior revisitación del sitio como lugar de inhumación son plenamente coherentes con una interpretación en este sentido y podrían estar informándonos más concretamente de las formas de producción y

reproducción política de unas comunidades que difícilmente podrían haber operado solo sobre el pivote doméstico.

Paisajes continuos, paisajes centrífugos: La política espacial aldeana

La analítica presentada fue dirigida a pensar el paisaje aldeano en clave política, ejercicio tan arriesgado como necesario si pretendemos comprender los anclajes fundamentales de la historia de las comunidades que habitaron los valles intermontanos del NOA durante el primer milenio d.C. La articulación espacial de los contextos aldeanos tempranos tiene la potencialidad de aportar al conocimiento de las relaciones de la gente que los habitó, en tanto éstas dieron forma a la construcción del lugar habitado, pero también tiene mucho que decir en tanto sus formas materiales guiaron y posibilitaron la actualización y reproducción de la práctica de los agentes.

De un lado, las perspectivas dominantes sobre la historia «formativa», afinadas en distintas expresiones de un materialismo sistémico, han presentado un campo social apolítico, más dominado por las necesidades subsistenciales de adaptación surgidas de una por lo demás mal planteada tensión naturaleza-cultura, que por las negociaciones políticas emanadas de las tensiones entre agentes y colectivos. Es también cierto, del otro lado, que determinadas lecturas próximas al materialismo histórico, dieron un papel más relevante que este último a la estructuración sociopolítica. Sin embargo, trabajaron –y trabajan– con el supuesto de que la aparición de sociedades agrícolas de amplias bases demográficas y sistemas económicos más intensivos implicaron la emergencia de poblados discretos de tipo aldeano los cuales, en muchos casos, se estructurarían desde algunos lugares centrales que representarían posiciones neurálgicas en las relaciones de poder entabladas dentro de esos grupos. Es decir, se pensaba en los paisajes aldeanos como espacios centrípetos o polarizados, materializaciones de una estructura social igualmente centralizada en las manos de elites incipientes que oficiaban un culto entendido en los términos superestructurales del marxismo, con lo que conlleva de su contraparte en el mismo cuerpo teórico sobre una «falsa conciencia» que a la postre volvía a anular en ese extremo cualquier práctica política más allá de dicha elite. Incluso esta especie de metáfora de la «polarización» fue utilizada para caracterizar el desarrollo histórico de las sociedades que habitaron el Noroeste Argentino (*vid. i. a.* Núñez Regueiro y Tartusi, 2002); en otras lecturas, de maneras menos explícitas, esta idea se sustanció como la línea que recorre la narrativa de otros trabajos ocupados en analizar la expansión aldeana en el sur andino en escalas más amplias (Tarragó, 1999).

¿Todos estos espacios estaban realmente «polarizados»? ¿es la presencia de *centros* o *polos* espaciales y sociales necesaria en el desarrollo de colectivos de escala amplia?, ¿la ausencia de polos indica necesariamente la ausencia de política?; y todavía más ¿realmente la única interpretación posible de los espacios centrales es aquella de la estatización incipiente?, o en definitiva, ¿de aislar ciertamente tales espacios, cuál es el carácter elemental, sistémico, de los centros para la articulación sociopolítica de las comunidades que los habitaron? Estas preguntas han venido siendo críticamente consideradas en distintos contextos espaciales, tanto en valles (Cruz, 2006; Olszewski, 2011), como en la puna (Haber, 2011) o incluso en la vertiente oriental andina (Quesada *et al.*, 2013), y en distintas escalas, desde la organización de los espacios residenciales (Gordillo 2007; Salazar, 2010), el funcionamiento de sistemas de asentamiento a nivel microregional (Franco Salvi, 2012; Quesada, 2006), hasta las relaciones macroregionales (Haber, 2007). De estas relecturas de distintos fenómenos en distintos contextos y escalas se perfila una idea sugerente: que el centro principal que articula la cotidianeidad de la gente no está en otro lugar que en sus viviendas y chacras. La modalidad de construcción del paisaje en el sector analizado ofrece una construcción similar: la del *paisaje centrífugo y continuo*; aquel paisaje definido por la ausencia de un gran polo regulador del resto, o vuelto del revés, por la presencia continua en el espacio de tantos polos referenciales que urja entender la disolución espacial pero también social de un «centro» el cual, en todo caso, debe de plantearse en términos harto diferentes.

El ejercicio que hemos propuesto en este capítulo, el cual combina el análisis de la complejidad en la articulación del espacio doméstico, la ubicación y distribución de los conglomerados residenciales y la visibilidad entre viviendas, y entre ellas y algunos hitos paisajísticos – especialmente el principal candidato a la centralidad en este sector septentrional del Valle de Tafi: el Montículo de La Bolsa–, ha arrojado algunas líneas iniciales que pueden ser la base de futuras exploraciones más intensas. Sin embargo, aun en estas instancias preliminares se puede observar: a) una tendencia a cierta homogeneidad en la construcción y articulación de las unidades residenciales, siendo claramente predominantes los conglomerados que vinculan entre 3 y 5 habitaciones en torno a un patio; b) una disolución de los «asentamientos aldeanos» en nucleaciones o agrupamientos laxos y con contornos poco limitados, formados por estas últimas entidades de carácter doméstico distribuidas de manera más o menos dispersa; c) la inexistencia de configuraciones espaciales antrópicas que se orienten a dominar visual o estratégicamente a otras, afirmación que incluye tanto a unidades residenciales como a estos otros lugares probablemente comunitarios.

Las interpretaciones que surgen de estos tres puntos generales destacan un paisaje donde la colonización parece haberse dado a partir de la replicación de unidades espaciales de características muy similares las cuales, como se argumentara anteriormente, pueden identificarse con ciertos colectivos sociales que podrían haber estado vinculado por relaciones de parentesco a partir del ámbito doméstico. El distanciamiento casi pautado de las mismas, la continuidad más o menos difusa de las ocupaciones, y el manejo de las cuencas visuales, parece marcar la ausencia de grupos comunitarios tan marcados como los domésticos; lo cual no equivale a postular su ausencia, sino en su caso a entenderlos como entidades más flexibles y plásticas que aquéllos, menos integrales y determinantes en la cotidianeidad social, lo cual se refleja, más aun, en la falta de puntos neurálgicos de control o lugares centrales que ejercieran suficiente magnetismo sobre lo doméstico.

Pero estas características no implican que sean paisajes resultantes de un proceso de resolución de problemas estrictamente subsistencial, si es que no es ya suficientemente claro que tal extremo es algo inimaginable en lo que se refiere a la comprensión de grupos humanos. Por el contrario creemos que son paisajes construidos por pequeños colectivos, en conflicto y negociación permanente, cuyas prácticas no dependieron de la regulación externa ni de la imposición coercitiva central de reglas sociales y espaciales para ocupar –o desocupar– los lugares de habitación, de producción y de festejo, sino que dependieron básicamente de su capacidad de estructurar colectivos mayores con fuerza de trabajo suficiente para su reproducción. En esta tensión permanente entre la autonomía y la necesidad de cooperación se habría estructurado un paisaje donde no hubo polos autocentrados con un poder ordenador sobre el total social, sino donde paulatinamente se fueron formando ciertos lugares con mayor concentración de complejos residenciales y con mayor cantidad de estructuras productivas los cuales, sin embargo, sí debieron generar entre sí otro tipo de centros en lo que escenificar la resolución de los hechos sociales.

De esta manera la estructuración centrífuga –respecto de lo que podríamos llamar en consecuencia «centro social», i. e. espacios como el Montículo de La Bolsa, o sin duda el de Casas Viejas– del paisaje es generada como resultado y genera dialógicamente un campo político igualmente centrífugo, con una gestión de la cotidianeidad presumiblemente tan fragmentaria como lo son las nucleaciones aldeanas en nuestros planos, enfatizando tal vez solo las pequeñas células domésticas. Es decir, que no se trata de que la materialidad espacial sea reducida a mero reflejo de tal estructura sociopolítica precedente, sino que juegan ambas, disuelta la noción de *estructura*, más bien el papel de una *lógica operativa* que posibilita y ordena la

reproducción del conjunto. Este tipo de paisaje nos informa de una limitación literalmente material del *poder* –como capacidad política individual o faccional–, o lo que es lo mismo, de su distribución más o menos homogénea y fluida, lo cual en última instancia desarma todos los dispositivos políticos según se entienden en las formaciones sociales estatizantes al dejar como único recurso para la proyección social de dichas individualidades o facciones una *autoridad* siempre medible en la práctica del resto, y por lo tanto más volitiva, laxa, puntual e inestable, cambiante. Otro tema, aunque sin duda ancilar de éste y con unas características perceptivas similares, es el de una noción de conjunto social más o menos palmaria en la estabilidad cronológica y espacial de la tradición arqueológica tafi que muy probablemente operó asimismo como un factor político independiente en estas comunidad: pero –y es lo determinante– uno autónomo e indefinido, intangible a la acción política de ninguno de los elementos humanos que componían esas mismas comunidades. Se podría proponer por tanto una co-emergencia de estos dispositivos político-espaciales en los cual las tensiones del lugar y las tensiones de la organización política se constituían en ámbitos muy próximos.

La política campesina en las sociedades aldeanas tempranas del Valle de Tafi –y quizás de otros sectores del NOA– parece haber puesto un interés sostenido, materializado a través del esfuerzo rutinario y de larga duración, en construir, habitar y producir, en mantener una lógica precisa en el crecimiento de los asentamientos: aquélla que impedía la formación de centros con un poder propio y singular, que excediera al de las imprecisas nucleaciones aldeanas mismas, y que así pusiera en riesgo la autonomía relativa de los grupos que protagonizaron ese proceso. Contra las expectativas esencialistas, a través de un milenio de crecimiento productivo y demográfico, la agencia de las unidades sociales y productivas –como de su reflejo arqueológico en entidades materiales– que poblaban el paisaje, no dieron origen a una situación donde el poder social fuera monopolizado, ni monopolizable; no dieron origen a una estatización incipiente, sino que reprodujeron enfáticamente la orientación de su política hacia un escenario donde ése, y todo poder, se mantuviera distribuido en una estructura fragmentada de toma de decisiones, marcada por negociaciones mutuas entre actores políticamente activos.

Notas

¹ Los trabajos que presentamos en este capítulo se han llevado a cabo en buena medida durante dos estancias de investigación sucesivas en 2013 y 2014, financiadas respectivamente por el Gobierno de España en su subprograma FPI-MINECO y, en especial, a través de una ayuda del programa *Becas Iberoamérica Jóvenes Profesores e Investigadores* de Santander Universidades-Banco Santander S. A. concedida por el proyecto “Arqueologías de la

domesticidad: Metodologías analíticas, tradiciones interpretativas y problemáticas socioculturales entre los Andes y el Mediterráneo”; además de al que vehicula este libro, han supuesto un aporte al desarrollo de los proyectos “La construcción de lo público en sociedades aldeanas de los valles intermontanos del Noroeste argentino durante el primer milenio d. C.” (RHCD162/12) y, como implementación de instrumentos de reflexión teórica, “Lectura arqueológica del uso social del espacio” (HAR2012-34035)

² Compárese lo dicho para el Tafi con la situación observable en zonas aledañas, como son Chasquivil o Anfama, en las cuales se puede identificar apriorísticamente no solo ocupaciones aldeanas análogas, sino incluso cierta coincidencia en su secuencia cultural general, pero para las cuales se desconoce prácticamente cualquier detalle más allá de lo registrado por los exploradores del siglo XIX (Quiroga, 1899).

³ No obstante lo cual, durante la primera campaña de campo que este equipo verificó en 2014 en Anfama, al otro lado de las Cumbres Calchaquíes por el paso de La Ciénega, los comuneros nos informaron de trabajos de este tipo ordenados por los terratenientes hacia algunas generaciones como causa de unos muros aislados en los prados. Sin embargo esta acción no había invisibilizado del todo un sitio formativo en el que aún se pudieron fotografiar estructuras circulares, subcirculares y concentraciones de morteros, amén de la abundante cerámica identificada en las cárcavas.

Referencias citadas

Agamben, G.

2002 *Homo sacer I: El poder soberano y la nuda vida*. Editora Nacional: Madrid

Álvarez Larraín, A. y S. L. Lanzelotti

2013 Habitar y cultivar en el este del valle de Yocavil, en Gordillo y Vaquer (eds.): *La espacialidad en arqueología: Enfoques, métodos y aplicación*, pp. 151-190. Abya Yala: Quito

Aschero C. y E. Ribotta

2007 Usos del espacio, tiempo y funebria en El Remate (Los Zazos, Amaicha del Valle, Tucumán). En *Paisajes y procesos sociales en Tafi del Valle*. Compilado por Arenas, P, B. Manasse y E. Noli: 79-94. Tucumán.

Bataille, G.

2009 *La parte maldita*. Las cuarenta: Buenos Aires

Berberián, E. y A.E. Nielsen

1988a *Sistemas de asentamiento prehispánico en el Valle de Tafi*. Comechingonia: Córdoba

1988b Análisis funcional de una unidad doméstica de la etapa Formativa del valle de Tafi (Pcia. De Tucumán- Rep. Arg) en *Sistemas de Asentamiento Prehispánicos en el Valle de Tafi*. Editado por E. Berberíán : 53-67. Editorial Comechingonia. Córdoba.

Bermejo Tirado, J.

2009 Leyendo los espacios: una aproximación crítica a la sintaxis espacial como herramienta de análisis arqueológico, *Arqueología de la Arquitectura*, núm. 6, pp. 47-62

Carneiro, R.

1970 A theory of the origin of the State *Science*, núm. 169, pp. 733-738

Carrizo, J, S. Cano y M. Soler

1999 Recursos Vegetales comestibles en el Valle de Tafí durante el Período formativo: análisis arqueobotánico I del sitio Casas Viejas- el Mollar (S Tuc Tav 2) *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Tomo I : 65-73. La Plata.

Clastres, P.

2009 *Arqueología de la violencia: la guerra en las sociedades primitivas*. FCE. Bs. As.

2001 *Investigaciones en Antropología política*. Gedisa: Barcelona

2010 *La sociedad contra el Estado*. Virus: Barcelona

Conolly, J. y M. Lake

2009 *Sistemas de información geográfica aplicados a la arqueología*. Bellaterra: Barcelona

Cruz, P.

2007 Hombres complejos y señores simples: Reflexiones en torno a los modelos de organización social desde la arqueología del Valle de Ambato (Catamarca). En *Procesos Sociales Prehispánicos en el Sur Andino: La Vivienda, La Comunidad y El Territorio*, compilado por Nielsen, A. E., M. C. Rivolta, V. Seldes, M. M. Vázquez y P. Mercolli, pp. 99-122. Editorial Brujas, Córdoba.

De Waal, F.

2007 *Chimpanzee politics: Power and sex among apes*. The John Hopkins University Press: Baltimore

Di Lullo, E.

2010 *El espacio residencial durante el 1er milenio d. C. en la Quebrada de los Corrales (El Infiernillo, Tucumán)*. Tesina de Grado, Universidad Nacional de Tucumán

Franco Salvi, V. L.

2012 *Estructuración social y producción agrícola prehispánica durante el primer milenio d. C. en el Valle de Tafí (Tucumán, Argentina)*. Tesis doctoral, Universidad Nacional de Córdoba

Gallego, J.

2009 *El campesinado en la antigua Grecia: Una historia de la igualdad*. Eudeba: Buenos Aires

García Azcárate, J.

2000 Símbolos, piedras y espacios: una experiencia semiológica. En *Arte en las Rocas. Arte rupestre, menhires y piedras de colores en Argentina*. Ed. Por Podestá, M y M de Hoyos.: 73-83. Sociedad Argentina de Antropología. Buenos Aires.

Godelier, M

2014 *En el fundamento de las Sociedades Humanas*. Amorrortu. Buenos Aires.

Gómez Cardozo, C., M. Chocobar y C. Piñero

2007 El montículo de Casas Viejas: un espacio sagrado. En *Paisajes y procesos sociales en Tañ del Valle*. Compilado por Arenas, P, B. Manasse y E. Noli: 111-134. Tucumán.

González, A.R. y V. Núñez Regueiro

1960 Preliminary Report on Archaeological Research in Tañ del Valle, NW Argentina. *Akten del 34 amerikanisten Kongress*: 18-25. Viena.

González Marcén, p.; Montón Mubías, s. y Picazo Gurina, M.

2007 Continuidad y cambio social en la cultural material de la vida cotidiana, *Complutum*, núm. 18, pp. 175-184

Gordillo, I.

2007 Detrás de las paredes... Arquitectura y espacios domésticos en el área de La Rinconada (Ambato, Catamarca, Argentina) En *Procesos sociales prehispánicos en el Sur Andino. La vivienda, la comunidad y el territorio*. Comp. Por: Nielsen, Rivolta, Seldes, Vazquez y Mercolli: 65-98. Ed. Brujas. Córdoba.

Grau Mira, I.

2002 *La organización del territorio en el área central de la Contestania Ibérica*. Publicaciones de la Universidad de Alicante: Alicante

Grau Mira, I. y J. M. Segura Martí

2013 *El oppidum ibérico de El Puig d'Alcoi: Asentamiento y paisaje en las montañas de la Contestania*. Ajuntament d'Alcoi-Museu Arqueològic Camil Visedo Moltó: Alcoi

Haber, A.

2007 Comentarios Marginales. En *Sociedades Precolombinas Surandinas. Temporalidad, interacción y dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*. Ed por: Williams, Ventura, Callegari y Yacobaccio: 59-72.

2011 *La casa, las cosas y los dioses. Arquitectura doméstica, paisaje campesino y teoría local*. Encuentro, Córdoba.

Harris, M.

1978 *Canibales y reyes: Los orígenes de las culturas humanas*. Argos Vergara: Barcelona

Jabin, D.

2008 "Nuevos elementos para la comprensión de la esclavitud yuqui", en *Actas de la XXI Reunión Anual de Etnología*, pp. 19-22. MUSEF: La Paz

Kiss, D. M.

2001 El castillo de Benifallim, Alicante: Una aproximación desde la Arqueología", *Lucentum*, núm. XXX, pp. 221-244

Kuen Lee, Y.

2007 Centripetal settlement and segmentary social formation of the Banpo tradition", *Journal of Anthropological Archaeology*, núm. 26, pp. 630-675

López Lillo, J. A.

2013a "Problemas de la vida cotidiana: Algunas reflexiones teóricas para un análisis social en Arqueología de la domesticidad", en Gutiérrez Lloret y Grau Mira (eds.): *De la estructura doméstica al espacio social: Lecturas arqueológicas del uso social del espacio*, pp. 325-340. Publicaciones de la Universidad de Alicante: Alicante

2013b "No tocar, o urgente Antropología anarquista", *Libre Pensamiento*, 76, pp. 38-47

2014 "Foucault, Augusto, y los plátanos mosetén: A propósito del libro de Jesús Bermejo Tirado *Arqueología biopolítica: La sintaxis espacial de la arquitectura doméstica romana en la Meseta oriental* (La Ergástula: Madrid, 2014)", *MATS*, vol. 2, pp. 153-161

Mair, L.

1970 *El gobierno primitivo*. Amorrortu: Buenos Aires

Mayoral Herrera, V.

2013 "Mirando más allá del suelo: La arqueología de mínima invasión como herramienta para la revalorización del patrimonio histórico", *RITECA*, núm. 2, pp. 15-20

McLean Stearman, A.

1987 "Cazadores y recolectores yuqui en la Amazonia boliviana: Actividades de subsistencia, liderazgo y prestigio en una sociedad en aculturación", en *Actas de la I Reunión Anual de Etnología*, pp. 119-153. MUSEF: La Paz

Meillassoux, C.

1999 *Mujeres, graneros y capitales: Economía doméstica y capitalismo*. Siglo XXI: Madrid

Nagle, D. B.

2006 *The household as the foundation of Aristotle's polis*. Cambridge U. Press: Cambridge

Núñez Regueiro, V. y M. Tartusi

2002 Aguada y el proceso de integración regional. *Estudios Atacameños*. 24: 9-19

Oliszewski, N.

2011 Ocupaciones prehispánicas en la quebrada de Los Corrales, El Infiernillo, Tucumán (ca. 2500-600 AP). *Comechingonia. Revista de Arqueología* 14: 155-172.

Oliszewski, N.; A. N. Caria y J. G. Martínez

2013 Aportes a la arqueología del noroeste de Argentina: El caso de la Quebrada de Los Corrales (El Infiernillo, Tucumán), *MATS*, vol. 1, pp. 26-56

Quesada, M.G.

2006 El diseño de las redes de riego y las escalas sociales de la producción agrícola en el primer milenio d.C. (Tebenquiche Chico, Atacama). *Estudios Atacameños*. N°31: 31-46.

Quesada, M.G., M.R. Gastaldi y G.M. Granizo

2012 Construcciones de periferias y producción de lo local en las cumbres de el Alto-Ancasti. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 37(2): 435-456.

Quiroga, A.

1899 Ruinas de Anfama: El pueblo prehistórico de La Ciénaga, *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, vol. XX, pp. 95-123

Russell, B.

2012 *El poder: Un nuevo análisis social*. RBA: Barcelona

Salazar, J.

2010 *Reproducción social doméstica y asentamientos residenciales entre el 200 y el 800 d . C . en el valle de Tafí , Provincia de Tucumán*. Tesis doctoral inédita. UNC.

Salazar, J. y V. Franco Salvi

2009 Una mirada a los entornos construidos en el Valle de Tafí. *Comechingonia*. 12: 85-102.

Salazar, J., V. Franco Salvi, E. Berberían y S. Clavero

2007 Contextos domésticos del Valle de Tafí, Tucumán, Argentina (200-1000 AD). *Werken* N°10:25-48.Chile.

Sampietro Vattuone, M. M.

2002 *Contribución al conocimiento geoarqueológico del Valle de Tafí, Tucumán (Argentina)*. Tesis para acceder al grado académico de Doctora en Ciencias Naturales. UNT.

2010 *Espacio, ambiente y los inicios de la agricultura indígena en el Noroeste argentino: Un enfoque geoarqueológico*. JAS Arqueología Editorial: Madrid

Scattolin, M.C.

2006 Contornos y confines del universo iconográfico precalchaquí. *Estudios Atacameños*. 32:119-139.

Scattolin, M.C. y A. Korstanje

1994 Tránsito y Frontera en los Nevados del Aconquija. *Arqueología* 4: 165-197. Buenos Aires.

Scott, J. C.

1976 *The moral economy of the peasant: Rebellion and subsistence in southeast Asia*. Yale University Press: New Haven

2009 *The art of not being governed: An anarchist history of upland southeast Asia*. Yale University Press: New Haven

2012 *Two cheers for Anarchism: Six easy pieces on Autonomy, Dignity, and meaningful work and play*. Princeton University Press: Princeton

Srur, F.

1999 Avance de las investigaciones sobre la cerámica recuperada en el montículo de El Mollar, sitio casas Viejas, Dto. Tafí, Tucumán. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Tomo III : 526-531. La Plata.

Tarragó, M.

1999 El Formativo y el surgimiento de la complejidad social en el Noroeste argentino. En: *Formativo Sudamericano: una reevaluación*. Ed. por: Ledergerber-Crespo, P: 302-307.

Tartusi, M. y V. Núñez Regueiro

1993 Los Centros Ceremoniales del NOA. En *Publicaciones del Instituto de Arqueología* N°5. Universidad Nacional de Tucumán.

Wilk, R. y McC. Netting, R.

1984 "Households: Changing forms and functions", en Netting, Wilk y Arnould (Eds.): *Households: Comparative and historical studies of the domestic group*, pp. 1-28. University of California Press: Berkeley

Zamora Merchán, M.

2006 "Visibilidad y SIG en Arqueología: Mucho más que ceros y unos", en Grau Mira (ed.): *La aplicación de los SIG en la Arqueología del paisaje*, pp. 41-54. Publicaciones de la Universidad de Alicante: Alicante